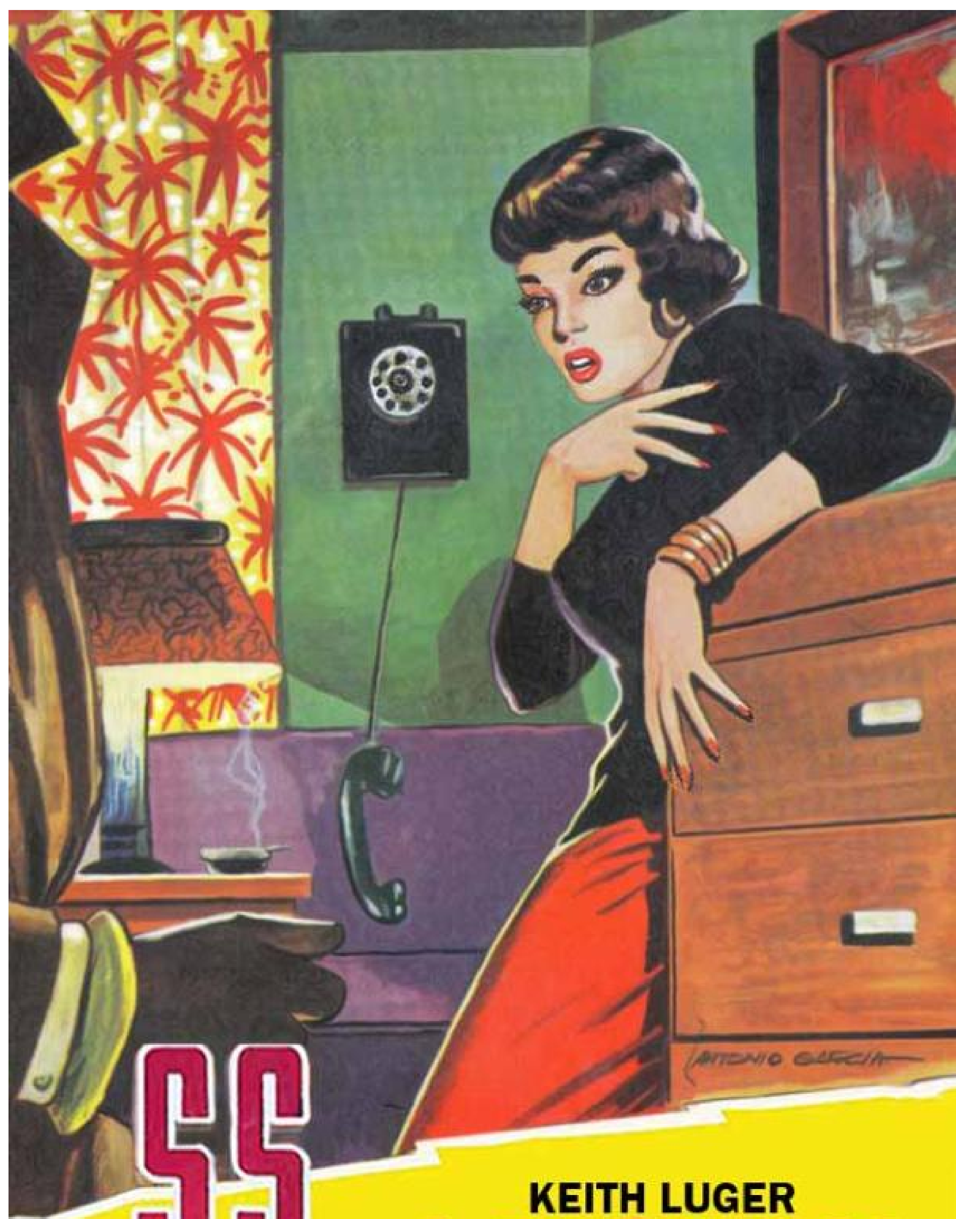


SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

LA GRAN VENGANZA

Aquella tarde los diarios lanzaron ediciones especiales para dar la noticia. A partir de las cuatro, las emisoras de Radio y de TV interrumpieron sus programas para comunicar los últimos informes que se iban recibiendo.

En las calles, parques y establecimientos públicos, las conversaciones giraban alrededor de lo mismo. Una enorme ola de expectación se abatió sobre la inmensa ciudad.

Probablemente, una de las últimas personas en informarse del caso fue quien, paradójicamente, estaba más relacionado con él. Ernest Kane, teniente de policía adscrito a la División de Homicidios.

Kane había partido el día anterior para una localidad de Nebraska, donde tenía que hacerse cargo de un individuo acusado de intento de asesinato contra una menor.



Keith Luger

La gran venganza

Bolsilibros - Servicio Secreto - 439

ePub r1.0
LDS 11.03.19

Título original: *Título*
Keith Luger, 1958
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

LA GRAN VENGANZA

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1958

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

1

Aquella tarde los diarios lanzaron ediciones especiales para dar la noticia. A partir de las cuatro, las emisoras de Radio y de TV interrumpieron sus programas para comunicar los últimos informes que se iban recibiendo.

En las calles, parques y establecimientos públicos, las conversaciones giraban alrededor de lo mismo. Una enorme ola de expectación se abatió sobre la inmensa ciudad.

Probablemente, una de las últimas personas en informarse del caso fue quien, paradójicamente, estaba más relacionado con él. Ernest Kane, teniente de policía adscrito a la División de Homicidios.

Kane había partido el día anterior para una localidad de Nebraska, donde tenía que hacerse cargo de un individuo acusado de intento de asesinato contra una menor.

Recibió la primera noticia en el aeródromo, al descender del avión con el detenido esposado a una de sus muñecas. El inspector Stefan Hardy, que había acompañado a Kane en el viaje, fue testigo del impacto.

Un viajero se cruzó con ellos. Llevaba entre las manos un diario que mostraba al frente su primera página y en ésta, con gruesos titulares, sólo utilizados anteriormente para anunciar la terminación de la Segunda Guerra Mundial, se informaba del suceso.

Ernest Kane se detuvo bruscamente, siguiendo con la mirada el diario del pasajero, y el detenido, un jovenzuelo de dieciocho años, lanzó un grito de queja.

Stefan Hardy, que también había leído los titulares, desvió rápidamente sus ojos hacia el rostro de Kane y observó cómo sus cejas se fruncían y sus pupilas se empequeñecían hasta parecer cabezas de alfileres mientras sus músculos faciales se atirantaban imprimiendo a su rostro curtido la dureza del granito.

Stefan Hardy sabía lo que significaba aquella noticia para su superior Ernest Kane, y el pensamiento de lo que pudiera sobrevenir le hizo bailar la nuez en la garganta.

Permanecieron allí quietos, inmóviles un rato, hasta que el detenido exclamó con voz chillona:

—¿Qué infiernos les pasa…? ¿Acaso recuerdan ahora que se olvidaron el bote de dentífrico en el hotel? —Y rió desenfadadamente su propio chiste, pero Ernest Kane y Stefan Hardy no dieron muestras de haberlo escuchado.

El teniente reanudó la marcha dando un pequeño tirón de las esposas.

Hardy conocía bien cuál era su obligación. Inmediatamente miró hacia la reja metálica que separaba la pista del lugar destinado al público que esperaba. Vio cámaras fotográficas, *flash*, rostros ávidos de periodistas. Todo aquel tinglado se había armado por un solo hombre. Por Ernest Kane.

Hardy obró rápida y eficientemente. Sin decir nada al teniente, corrió al lugar donde se hallaban los coches y, poco después, uno negro de la policía salió al encuentro del teniente y el detenido.

Los chicos de la Prensa vieron qué su víctima escapaba ante sus propias narices y prodújose la desbandada.

En el camino a la comisaria, Ernest Kane se hundió en el profundo mutismo.

El muchacho detenido, que no tenía la menor idea de lo que ocurría, había supuesto que la recepción era destinada a él y, apenas el coche inició su viaje, dio rienda suelta a su mal humor:

—Eh, ¿qué les pasa a ustedes…? No tienen derecho a hacerme esto.

—Calla, chico —le ordenó Hardy benévolamente.

—¡Tengo derecho a que me fotografíen y a que me escuchen! ¿Es que no lo vieron? Esa gente quería saber de qué forma me las arreglé para tenerlos a ustedes tres meses tras de mí… ¡Tres meses…! Yo sé lo que les pasa. Nadie les ha tomado el pelo como

yo y se sienten derrotados. He cubierto de vergüenza al departamento, ¿eh, teniente?

Kane no contestó, pero lo hizo Hardy pegándole al muchacho en la boca con el revés de la mano.

El detenido se puso a llorar.

—¡Me ha pegado…! Esto le va a costar caro… Se lo diré a mi abogado.

—Te he dicho que cierres el pico —repitió ahora Hardy con acritud—. Ya tendrás tiempo de graznar lo que quieras cuando lleguemos.

—Pero yo quería hablar con los periodistas y ustedes lo han impedido.

—Escucha, estúpido. El comité de recepción que has visto no te esperaba a ti.

El detenido parpadeó.

—¿Quién dice que no?

—Te crees todo un personaje, ¿eh…? ¡Maldita sea…! Eres un golfo sin educación. Los periodistas querían hablar con el teniente acerca…

—¡Ya basta, Hardy! —le atajó Kane con voz seca. Luego el teniente volvió la cara hacia el detenido—: No te preocupes. Tendrás muchos días para poder ventilártelas con la Prensa.

El muchacho sonrió quedando más conforme.

Los diarios no habían creído necesario destacar a algunos de sus colaboradores en la comisaría. Los sesudos directores habían pensado que con el personal que había en el aeródromo tenían suficiente. Naturalmente, los chicos de la pluma no tardarían mucho en llegar.

Kane, Hardy y el muchacho salieron del automóvil y penetraron en el edificio rápidamente.

Kane se quitó la esposa de la muñeca y confió a Hardy la custodia del detenido.

Inmediatamente el teniente, bajo la mirada expectante de sus compañeros, se dirigió al despacho del capitán Guy Castle.

Castle, en mangas de camisa, observó a Kane cuando éste se detuvo al otro lado de la mesa. Entre los dos hubo un mudo diálogo. Al fin, el capitán se mojó los labios con la lengua y preguntó:

—¿Cómo ha ido eso, Ernest?

—Perfectamente. El chico, tal como nosotros suponíamos, tiene menos seso que un mosquito.

—Cuando pienso que tengo un hijo de su misma edad… A veces a mí también me llega tarde a casa… Palabra que me tiene preocupado.

Kane sacudió la cabeza.

—Es cuestión de educación. Conozco a Bob. No tienes motivos para alarmarte. Lo único que pasa es que los muchachos de hoy en día tienen otras costumbres distintas a las nuestras. Tipos como Tim O'Brien
los había igualmente hace veinte años. Estoy seguro de que algo funciona mal en su cabeza.

—Es posible.

Los dos se daban cuenta de que hablaban por hablar. Imprimían a sus palabras un tono de gravedad ficticia y eso era algo insostenible para ambos.

Kane se acercó lentamente a la ventana y miró hacia afuera. Desde allí podía contemplar una vista harto conocida para él. Un patio de luces en donde se amontonaba el mobiliario que iba quedando inservible en la comisaría.

Transcurrió un minuto.

Castle se echó hacia atrás en el sillón y éste gimió bajo su peso. Luego hubo otra pausa y de pronto la voz de Kane sonó como un restallido:

—¿Cuándo sucedió, Guy?

El capitán le contestó sin volver la cabeza:

—Esta mañana. Sobre las nueve.

—¿Cuáles son las últimas noticias?

—Realmente no existen últimas noticias. Lo consiguió. Eso es todo.

Kane cerró el puño derecho y empezó a golpearlo contra la palma abierta de su mano izquierda.

—Muy bien —murmuró.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Espera, Erny —dijo Castle.

Kane se detuvo frunciendo el ceño. Frisaba en los treinta años de edad, y medía uno setenta y cinco de estatura. Sus ojos azules se clavaron en el rostro de Castle.

—¿Qué es, Guy? —inquirió.

—Hemos de discutir este asunto.

—No creo que haya nada que discutir.

—Sí, Erny. Lo hay. —Castle hizo una mueca—. ¡Maldita sea…! ¡No hagas esto más difícil de lo que es!

Kane hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Guy. Adelante.

Castle cogió un lápiz y empezó a juguetear con él. Miró alternativamente a la superficie de la mesa y a la cara del teniente.

—Te vas a marchar de aquí, Erny.

—Yo. ¿Por qué?

—Vacaciones.

—No las he solicitado.

—Pues lo harás ahora mismo.

—¿Es una orden?

Castle se pasó una mano por la cabeza y dejóla sobre la nuca, frotándose con nerviosismo.

—¿Es que no te das cuenta, Erny? Con tu presencia solamente puedes complicar las cosas… Siempre has sabido usar la cabeza, y es precisamente ahora cuando más la necesitas conservar sobre los hombros. No he estado en el aeródromo, pero me imagino la escena a tu llegada. ¿Cuántos periodistas te estaban esperando? ¿Veinte…? ¿Treinta…? Hasta solicitaron la introducción de cámaras de TV, pero te pudiste librar porque hoy llegaba un político europeo casi a la misma ahora que tú. Tenían miedo por su seguridad y el Departamento de Estado había ordenado una total prohibición de acceso a la TV…

Kane metió las manos en los bolsillos del pantalón y acercóse nuevamente a la mesa.

—De acuerdo, Guy. Se ha armado un gran alboroto. Yo soy el punto de mira de la Prensa y a ti se te ocurre retirarme de la circulación…

—Es lo mejor. Te he oído durante meses hablar de un viaje a Italia. Ahora puedes hacerlo. Mientras tanto, nosotros nos ocuparemos del caso. Pondremos toda la carne en el asador y, cuando tú regreses, el asunto se habrá enfriado. No existirá entonces ningún peligro y la vida para ti continuará como antes.

—¿Es cosa tuya, Guy?

Castle se apretó las sienes con la mano derecha.

—Fue cosa del Comisionado… ¡Pero yo apruebo absolutamente su idea!

—Supón que tomo vacaciones y que me quedo.

Castle lo miró con los ojos convertidos en dos rendijas.

—Sería la mayor locura de tu vida, Erny.

—Supón que me marcho. ¿Qué hay de las otras personas? ¿También les va a costear el departamento un viaje a Europa?

—No lo tomes así.

Las venillas del cuello de Kane se hincharon y de pronto estalló:

—¿Cómo quieres que lo tome…? ¿Qué va a pasar con Caryl Ribot y Dora Madden…? ¿Y qué me dices de Ruth Stowe? Podríais reunimos a los cuatro y enviamos simultáneamente para echar una ojeada a las bellezas de Florencia…

—¡Basta de sarcasmos, Erny!

De pronto un teléfono se puso a repiquetear. Castle miró todavía un rato a Kane y finalmente lo cogió.

—Sí, diga… ¿cómo? —El rostro del capitán cambió de expresión —. Sí, señor, escucho… Precisamente está aquí en mi despacho. ¿Quiere usted hablar con él…? Como quiera, señor… Sí, sí… De acuerdo.

Luego Castle colgó.

En la habitación se hizo un pesado silencio.

Castle jugueteó otra vez con el lápiz.

—Era el jefe —murmuró sin mirar a Kane—. Ha repetido lo mismo que el Comisionado… Le garanticé que mañana empezarás a disfrutar de tus vacaciones.

—Me he convertido en un pez gordo para la política, ¿eh, capitán?

—¡Vete al infierno! —exclamó Castle pegando un puñetazo sobre la mesa—. No se trata ahora de política… ¡Es tu propia seguridad!

—Muy atentos.

Castle movió la cabeza de un lado a otro y dijo, casi gimiendo:

—Tú no me puedes hacer esa faena a mí, Erny… Llevamos muchos años juntos. Lárgate ahora mismo a la oficina de viajes y adquiere un billete de avión. Es mejor para ti y para todos.

Erny Kane hizo una mueca mientras se observaba las uñas de las

manos. Finalmente miró a Castle.

—Está bien, Guy, puedes tranquilizar al Comisionado y al jefe.

El rostro de Castle se empezó a iluminar con una sonrisa.

—Me alegro de que lo hayas decidido así. Después de todo, tú terminaste con aquel caso, Erny. Lo de ahora es una cosa completamente nueva.

—Sí —asintió Kane—, siempre se encuentra una razón para tranquilizar la conciencia.

Inmediatamente dio media vuelta y se alejó hacia la puerta.

—Escríbeme desde Italia —oyó que le decía por detrás Castle—. Aunque sea una postal.

Erny no contestó nada a eso y salió fuera.

Stefan Hardy y otro inspector estaban interrogando a Tim O'Brien.

Un tercer policía se las ventilaba con un borracho, el cual aseguraba haber sido robado.

Cuando Kane apareció, todas las conversaciones se interrumpieron, y los policías volvieron la cabeza hacia su compañero.

Kane se mantuvo un rato inmóvil, junto a la puerta del despacho que acababa de abandonar. Encendió un cigarrillo y luego de expulsar una bocanada de humo, se dirigió hacia un hombre que trabajaba sólo ante una mesa.

—Quiero hablar contigo, Ulises —dijo Kane.

El otro, un tipo de pelo cortado en forma de cepillo, muy canoso, hizo un, gesto afirmativo.

Kane le hizo una señal indicándole la puerta del archivo. Primero fue el teniente, luego Ulises. Cuando éste entró, Kane ya tenía en sus manos un sobre de papel manila que abrió extrayendo su contenido.

Ulises se mantuvo en silencio mientras el teniente examinaba los papeles del sobre.

Finalmente Erny depositó su mirada en el rostro cetrino de Ulises.

—Éstos son los tres nombres que me interesas. Caryl Ribot, Dora Madden y Marcia Stowe. Apuesto a que has trabajado en ello desde que recibisteis la noticia.

—Bueno, fue cosa de Castle.

—No me importa de quien partiese la idea. *Lo* cierto es que has trabajado en ello, ¿eh, Ulises?

Ulises se encogió de hombros.

—Ha servido de muy poco.

—Está bien. Dime lo que sepas.

Ulises exhaló un suspiro y dijo:

—Después de aquello, Caryl Ribot se marchó a Topeka. Adquirió en traspaso un bar y cambió su nombre por el de Paul Francis. No le fueron allí muy bien las cosas. Al cabo de seis meses vendió el negocio y se dirigió a Jefferson City. Se alojó en un hotel de tercera categoría. De la noche a la mañana desapareció sin dejar rastro y el departamento no se interesó por su nuevo paradero. Después de todo, ya no habla ningún peligro para él.

—Está bien. Adelante con Dora Madden.

—De ésa hay mucho menos. Ni siquiera supimos el lugar que eligió como residencia después del jaleo.

—¿Marcia Stowe?

—Está aquí en la ciudad. Es la única que hemos podido localizar. Lo logramos una hora después de llegar la noticia. Trabaja como secretaria en una agencia de publicidad, Hamilton Company. Tiene un apartamento en la Avenida Michigan, 325.

Kane metió los papeles en el sobre de manila y lo entregó a Ulises.

Luego él teniente empezó a pasear entre las cajas metálicas.

Ulises devolvió el expediente al correspondiente cajón y encaminóse hacia la puerta.

Abrió ésta para salir, y de pronto se quedó clavado. Desde el exterior llegó una oleada de protestas.

Cerró rápidamente y se volvió hacia Kane diciendo:

—Ya han llegado los cuervos, teniente.

—Abre un poco. Quiero oírles.

Ulises arrugó el entrecejo mirando a su superior y finalmente giró y abrió la puerta.

—¿Dónde está el teniente Kane, capitán? —preguntó alguien.

Guy Castle se aclaró la garganta y respondió:

—¿Por qué no lo dejan en paz, muchachos? Les doy mi palabra de que él ignoraba todo lo que se refería al asunto. Se enteró en el aeródromo, cuando llegaba a nuestra ciudad después de haber

cumplido un servicio.

—Eso lo pudimos comprobar nosotros —rió otro—. Enfoqué, al teniente con mis gemelos, desde el lugar destinado al público… ¡Infiernos! No he visto a nadie palidecer como a él. No me perdí un detalle de la escena. Kane leyó la noticia en un diario que llevaba un pasajero.

—Usted no puede obstaculizar nuestra información, capitán —dijo un tercero—. Queremos hablar con Kane. El público desea conocer su opinión acerca del caso.

—Usted se equivoca, amigo —contestó el capitán—. Además, el público conoce perfectamente lo que usted quiere preguntar a Kane. ¿No quedó bien clara la actuación del teniente hace cuatro años?

—Cuatro años es mucho tiempo, capitán. El teniente puede pensar ahora cosas que ni siquiera imaginó en aquel tiempo… Cap Boyd había sido su mejor amigo y él no vaciló en lanzarse a su captura, vivo o muerto, cuando lo tuvo acorralado.

El periodista que hablaba como portavoz de los demás sonrió esperando la respuesta del capitán.

—Estaba cumpliendo con su deber —dijo Castle con voz ronca —. Kane no podía olvidar de ninguna forma que era un policía. Además, caballeros, creo que estamos removiendo algo que huele mal. El teniente Kane terminó su trabajo cuando Cap Boyd fue capturado. El no formaba parte del tribunal que condenó a Cap Boyd a perpetuidad.

—De acuerdo, capitán, pero Kane hizo posible esa sentencia. Y no fue eso todo. Había una mujer, Ruth Stowe, con quien Cap Boyd se iba a casar. Y quedó demostrado que Kane estaba enamorado de Ruth.

—Por favor, caballeros. Se encuentran ustedes en una Comisaría de Policía. Si no tienen otras razones para justificar su presencia…

—Creo que existen demasiados motivos para ello. Todos los tipos que llenaban la sala del tribunal pudieron oír las amenazas de Cap Boyd. Juró que algún día quedaría libre, aunque tuviese que esperar muchos años, y que entonces mataría a cuantos hubiesen estado relacionados con su condena. Citó concretamente cuatro nombres. Ruth Stowe, que dio el soplo a la policía; el teniente Kane, que hizo posible su captura; Dora Madden, la primera esposa de Cap Boyd, que testimonió durante el juicio contra su ex marido, y

por último, Caryl Ribot, antiguo socio de Boyd, el cual, lo mismo que Dora Madden, fue testigo por la acusación.

—No hace falta que me refresque la memoria —opuso el capitán Castle al periodista—. Conozco perfectamente todo lo relacionado con el caso de Cap Boyd.

—Estupendo, capitán. Eso es un consuelo, pero ahora Cap Boyd se ha fugado.

—De acuerdo, se ha fugado, pero Boyd siempre demostró ser un tipo inteligente. No se puede tomar seriamente en consideración la probabilidad de que permanezca en el país. Si a estas horas todavía no ha caído en manos de la policía, ya pueden dar ustedes por seguro que se encuentra camino de cualquier otra nación.

—¿Usted cree realmente eso, capitán?

—Mi argumento no es gratuito, caballeros. Todos sabemos lo que es Cap Boyd. Un *gángster* del mismo calibre que Al Capone, Frank Costello, Lucky Luciano o Alberto Anastasia. Durante años se burló de la ley cometiendo toda clase de tropelías: garitos, apuestas clandestinas, trata de blancas, estupefacientes… ¿Para qué voy a detallar? Ustedes saben perfectamente que Cap Boyd, a la cabeza de una extensa organización criminal, ha dominado durante años los negocios sucios que se han cometido en una cuarta parte del país. Es cierto que fue el teniente Kane quien lo capturó, pero podría haber sido cualquier policía. El hecho de que Cap Boyd y Ernest Kane fuesen amigos de la infancia no cuenta para nada. La historia de la policía está llena de casos parecidos. Afortunadamente, en nuestro país somos libres para elegir un camino u otro. Cap Boyd pensó que su carrera estaba con los enemigos de la ley y Ernest Kane, por el contrario, se alistó entre los hombres dedicados a defenderla. El que uno y otro se enfrentasen era una cosa lógica.

El mismo periodista de antes rió sarcásticamente.

—¿Y Ruth Stowe, capitán? Ella desapareció como tragada por la tierra. ¿Dónde está? ¿También es casual que ambos estuviesen enamorados de la misma mujer?

—Me niego a considerar esa pregunta. Siempre he creído que la Prensa, en lo que se refiere a nosotros, debe ser objetiva. Las historias, hipótesis y reflexiones acerca de los sentimientos de una persona, entran de lleno en cierta clase de literatura que ustedes han condenado reiteradamente.

—No pretendemos construir un folletín, capitán. Le estamos hablando de hechos objetivos y, al fin y al cabo, creo que el teniente Kane es la persona más adecuada para contestar a nuestras preguntas.

—Kane les respondió hace cuatro años.

—No, capitán. Cuando Cap Boyd fue atrapado, al teniente Kane le fue concedida una licencia. Nadie pudo encontrarle durante muchas semanas. Más tarde compareció en el juicio, pero tampoco logramos interrogarle, porque volvió a esfumarse. Luego el tiempo se encargó de que el suceso dejase de ser noticia. El teniente Kane nunca fue preguntado acerca de sus sentimientos y ahora quisiéramos hacerlo, a menos que la superioridad haya considerado oportuno concederle otra licencia.

Las últimas palabras del periodista fueron coreadas por una carcajada general emitida por sus compañeros.

Ernest Kane, con rostro inexpresivo, dijo a Ulises:

—Cierra ya.

Ulises cerró la puerta y dijo, tras una larga pausa:

—No debe hacer caso de estos tipos, teniente. No hablan más que tonterías.

Erny se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—No son tonterías —murmuró con voz ronca.

Hubo un breve silencio y luego Ulises dijo:

—Lo siento, señor. Escuché esta tarde el diálogo entre el comisionado y el capitán. Es una buena idea lo de las vacaciones.

—¿No oíste a ese periodista? Ellos también suponen que me concederán una licencia, que volveré a desaparecer como entonces, y que mientras yo esté fuera, el Departamento me sacará las castañas del fuego.

—Usted sabe que eso no es realmente lo que va a ocurrir. Se ha fugado un hombre condenado a perpetuidad. Es lógico que el Departamento se ponga en marcha para que se le capture de nuevo. Después de todo, Cap Boyd no es un delincuente vulgar. Esté usted aquí o no, la máquina ha de seguir su curso.

De pronto Ulises se mordió el labio inferior al darse cuenta de que había cometido un error. Acababa de pronunciar la palabra con que los periodistas habían bautizado a Erny Kane cuatro años antes: «El hombre-máquina».

Ahora Ulises se quiso disculpar, pero Kane lo atajó con un gesto de la mano:

—No es necesario, muchacho. Gracias —hizo una pausa—. Saldré por la puerta de atrás.

—Sí, señor. —Ulises lo vio marchar y después de humedecerse los labios, dijo—: No piense demasiado en ello. Las cosas siempre terminan por arreglarse.

Kane, con la mano en el tirador, volvió la cabeza y sonrió amargamente.

—Sí —convino—. Se arreglan siempre, aunque sea de una manera torcida.

Inmediatamente, Kane abandonó el archivo saliendo por la puerta de emergencia.

2

Cien millas al oeste de la ciudad, por un camino vecinal, corría un camión «Ford», de medio tonelaje, modelo de seis años atrás.

En la parte delantera viajaban dos hombres. El conductor, un tipo de cabeza grande, cejas espesas y nariz chata, y un individuo que frisaba en los treinta y cinco años de edad, de cabello rubio, rizado y cara ancha, en la que destacaban unos ojos brillantes de color negro, la boca grande de labios sensuales y el mentón enérgico.

Hacía rato que ninguno de ellos hablaba. El rubio se cubría con un traje gris y camisa blanca cuyo cuello le venía demasiado grande.

—Estamos llegando —anunció el conductor.

El rubio se enderezó en el asiento mirando hacia el frente del camino. Vio a lo lejos un grupo de árboles, a la derecha.

—Encontrará el automóvil entre unas zarzamoras —prosiguió el hombre de las cejas espesas—. La muchacha estará dentro.

—Muy bien.

—Nos hemos limitado a cumplir sus órdenes. La muchacha lleva una documentación en regla. Usted y ella están casados. En el portaequipajes encontrará tres chapas que corresponden a los Estados de Washington, Oregon y California. Cámbielas cuando lo

necesite.

—¿Cómo te llamas?

—Sandy, señor.

—De primera, Sandy. Lo has hecho muy bien.

Sandy sonrió al viajero.

—Todo el mérito le corresponde a usted, señor Boyd.

Cap Boyd sacudió la cabeza.

El conductor pisó el pedal del freno y el coche fue aminorando la velocidad hasta detenerse a un lado de la carretera, cerca de los árboles.

Cap Boyd saltó y dirigió la mirada atrás. No vio a nadie. Entonces caminó hacia los árboles.

—Buena suerte, señor —gritó Sandy.

Boyd se volvió hacia él y le hizo un gesto con la mano a guisa de despedida.

El camión arrancó.

Cap Boyd se quedó quieto escuchando el zumbido del motor hasta que se perdió en la distancia. Luego echó a andar.

Vio brillar un faro entre las zarzamoras. Entonces metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta firmemente y dio un rodeo para llegar al automóvil.

La mujer estaba en el asiento delantero, junto al volante, y se estaba pintando los labios precipitadamente. Su cabello era rubio y le caía en cascada sobre los hombros. Se cubría con una camisa blanca que dejaba sus brazos al desnudo, unos brazos del color del caramelo.

Cap Boyd se acercó por detrás de ella silenciosamente avanzando como un gato.

De pronto la joven lo vio reflejado en el espejo que sostenía con la mano izquierda y lanzó un grito volviendo rápidamente la cabeza.

Cap Boyd la observó. Nunca la había visto antes de ahora. Era bonita, las cejas en arco, nariz pequeña, ligeramente respingona, y boca de labios que ahora, recién pintados, brillaban en un rojo intenso.

Ella empezó a sonreír.

—Caramba, me ha dado un buen susto.

El dirigió una mirada al escote en uve de la blusa y luego fijó los

ojos en los de ella.

—¿Cuál es tu nombre?

—Señora de Peter Ronald.

—Ése no. El tuyo verdadero.

—Yvette Farr.

—Yvette —repitió él—. No está mal.

—Me alegro de que le guste.

—¿Quién te metió en esto?

—Soy amiga de Barney Morris. Él fue quien me pidió que les ayudase.

Cap Boyd se echó a reír.

—Morris, ¿eh? Creí que le gustaban las pelirrojas. —De pronto se quedó serio—. Pero eso era hace cuatro años —guardó la pistola y dio la vuelta al coche, sentándose junto al volante. La miró otra vez—. ¿Tienes cigarrillos? Se me olvidó mencionarlos y esos estúpidos se atienen demasiado a las instrucciones. Para colmo, el conductor del camión no era fumador.

—Claro que sí —dijo Yvette, y abrió su bolso extrayendo un paquete medio lleno. Sacó dos cigarrillos y les prendió fuego simultáneamente utilizando la llama de un encendedor. Luego alargó uno a Cap Boyd. Éste se lo puso en la boca y le dio una profunda chupada. Expulsó el humo al mismo tiempo por la nariz y la boca.

—Es reconfortante —rió por lo bajo—. El primer cigarrillo de la libertad.

—Quédese el paquete —dijo Yvette, y ella misma se lo metió en uno de los bolsillos de la americana.

—Gracias —murmuró Cap Boyd.

La rubia se arregló un bucle del cabello y, parpadeando, preguntó:

—Debe haber sido una fuga emocionante… Me gustan las fugas. Sólo las había visto en las películas… Es la primera vez que yo participo en una de ellas. ¿Cómo lo logró?

—Fue ridículo y fácil.

La joven lo miró interesada.

—Cuénteme, por favor.

—Salí de la prisión metido en la camioneta de la carne… Ya sabes, un frigorífico de esos que transportan cuerpos enteros de

reses. Creí que me iba a morir de frío. Vi la posibilidad hace mucho tiempo, pero lo difícil estaba en poder entrar. Bueno, todo se arregló. Mis muchachos sobornaron a un par de hombres desde fuera. También tuve que arreglármelas para que me pusiesen en el equipo que descargaba el carro… Pero ha resultado. —Cap Boyd hablaba con la mirada fija en la copa de los árboles.

—Morris me dijo que era usted muy inteligente. No se equivocó.

Cap Boyd volvió la cabeza hacia ella. En su cara había una mueca.

—Soy muy inteligente, pero eso no me sirvió para cierta persona. Consiguió encerrarme por cuatro años. Le ayudaron unos cuantos… Pero él fue el motor que lo impulsó todo.

—Eso ya forma parte del pasado. Es lo que decía mi madre, sólo importa el presente, y ahora usted está libre… Bueno, creo que tiene dinero. El mundo es muy grande. Existen muchos sitios donde podrá disfrutar de todos los placeres.

Hubo una pausa. Cap Boyd sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, nena. El mundo a veces no es suficientemente grande para uno. Los problemas siempre deben ser solucionados. Si no lo haces así, las preguntas empiezan a martillear pidiendo una respuesta. Uno debe solucionar sus asuntos antes de emprender una vida nueva. Y eso es lo que voy a hacer yo ahora.

La rubia trató de sonreír.

—¿No es eso complicarse la vida? Usted puede volver a caer en manos de la policía.

Póngase a salvo.

Cap Boyd arrojó el cigarrillo fuera del coche y puso éste en marcha.

Cuando serpenteaban por entre los árboles hacia la carretera dijo:

—Todo saldrá bien. Podré terminar mi trabajo en unos cuantos días. Barney y los demás trabajaron mientras yo estaba dentro. Tengo las direcciones de todos ellos y apuesto a que alguno no espera mi visita. Será fácil, nena. Uno no puede olvidar de pronto. El cerebro no se puede limpiar como una prenda cualquiera. Las cosas dejan su huella. Todos tenemos que rendir cuentas tarde o temprano. Ha llegado la hora de que unos cuantos y yo las

ajustemos.

La rubia Ivette observó el rostro del hombre que tenía al lado y vio en él una fría resolución de llevar a cabo lo que se había propuesto.

Nada ni nadie lo haría cambiar de idea.

CAPÍTULO II

1

Henry Kane pulsó el timbre y esperó. Oyó ruido de pasos en la parte de dentro y poco después se abrió la puerta.

Vio en el hueco a una joven de pelo castaño, rostro bonito y cuerpo esbelto que cubría con un batín de color rojo.

—¿La señorita Stowe, por favor? —preguntó él al tiempo que enseñaba la credencial—. Soy el teniente Kane, de Homicidios.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó la joven.

—Hablar acerca de su hermana Ruth.

La muchacha se humedeció el labio inferior con la lengua y dijo:

—No tengo la más ligera idea de dónde se halla, teniente.

Kane observó escrutadoramente el rostro femenino y dijo:

—¿No ha tenido noticias de Ruth en estos cuatro años?

—Absolutamente ninguna.

Kane sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Lo siento, teniente —dijo la joven y empezó a cerrar la puerta.

Kane metió el pie por la abertura y le impidió su intento.

—¿Qué hace, teniente?

Kane, por toda respuesta, empujó la puerta y se coló dentro.

—¡No tiene ningún derecho…! ¡Es allanamiento de morada!

Kane penetró en el *living* y se detuvo observando la estancia vacía. La muchacha llegó detrás de él exclamando:

—¡Protestaré ante su superior, teniente! Le aseguro que lo haré… Y va a ser ahora mismo… —Se dirigió a una mesita, sobre la que descansaba el teléfono. Con el auricular en la mano levantó la mirada y dijo—: ¿Se va ya?

Kane se mantuvo inmóvil y preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —Frunció el ceño la joven.

—La señorita Stowe. Marcia Stowe.

—Yo soy Marcia Stowe.

—No, no lo es.

La joven se quedó con la boca abierta.

—¿Se ha vuelto usted loco, teniente?

—Escuche, señorita. Es la vida de una persona lo que está en juego, la de Ruth Stowe. Quiero evitarlo y para ello necesito hablar con Marcia.

—Yo…

Ella iba a repetir que era Marcia Stowe, pero en ese instante se abrió una puerta interior y penetró en la estancia una joven morena de rostro ovalado, en el que destacaban unos grandes ojos negros, labios rojos, sensuales, y cuerpo de estatura regalar, de pronunciadas curvas.

Hubo una pausa.

—Está bien, Susi —dijo la joven que acababa de aparecer en el *living*—. Acabó la comedia.

Susi hizo un gesto plañidero, mientras dejaba el auricular en la horquilla.

—Oh, Marcia, creí que lo había engañado.

—No ha sido culpa tuya —repuso Marcia cruzando los brazos y mirando fijamente a Kane—. El teniente parece que tiene motivos para conocer bien a los Stowe.

Kane endureció los músculos faciales.

—Ruth me dijo cierta vez que usted se parecía mucho a ella —murmuró con voz opaca—. No se equivocó.

Sobrevino otro silencio.

Susi murmuró:

—Bueno, dicen que el undécimo es no estorbar —se dirigió a la puerta por la que había entrado Marcia.

Cuando hubo desaparecido, los dos jóvenes se miraron fijamente. Por fin él dijo:

—La supongo ya enterada de lo ocurrido.

—Me lo comunicó mi jefe, en la oficina, esta tarde.

—¿Sabe lo que eso significa?

—No.
—Yo se lo diré entonces, Marcia. Su hermana corre inminente peligro.
—¿Por qué?
—Cap Boyd juró acabar con todos los que habían tenido que ver con su condena. Exactamente somos cuatro personas las incluidas en su *vendetta*. Su hermana Ruth, Dora Madden, Caryl Ribot y por último yo.
Marcia dio dos pasos y apoyó las manos en el borde de un sillón.
—No creo que Cap Boyd lleve a cabo su amenaza. Otros muchos antes que él prometieron vengarse antes de ser encerrados. Es la reacción lógica, pero luego el tiempo se encarga de hacerles olvidar.
—Eso no ha podido ocurrir en el caso de Cap Boyd.
—Dígame una razón para justificar su hipótesis.
—Conozco a Boyd. De niños jugamos juntos. Jamás perdonó a nadie que a su juicio le hubiese hecho una mala faena. Tipos así existen en el hampa.
—¿Sólo en el hampa, teniente?
La pregunta flotó en el aire.
Kane sonrió con amargura y dijo:
—Usted también cree que yo caí sobre Cap Boyd impulsado por la venganza, por los celos.
—Sí, siempre he pensado eso. Ruth prefirió a Cap Boyd y usted eso no lo podía consentir.
Kane hizo una mueca.
—No voy a tratar de convencerla.
—Sería un trabajo inútil por su parte.
—Está bien —murmuró Kane—. Es mejor que las cosas estén así de claras entre nosotros. Ahora le repito que de lo que se trata es de la vida de Ruth. Quiero hacer algo por ella.
—Ya hizo bastante. —Marcia hizo una pausa—. Destrozó su vida.
El teniente se cogió el puente de la nariz con los dos dedos y lo apretó mientras cerraba los ojos. Cuando abrió los párpados dejó caer la mano y replicó:
—Tiene la obligación de decirme dónde está Ruth. Yo le daré la protección que necesita.
Marcia avanzó el busto apoyando las manos en el respaldo del

sillón.

—Escuche, teniente. No sé dónde está ella, pero si lo supiera no se lo diría… Mi hermana era buena, merecía toda la felicidad del mundo. Y usted… ¡usted convirtió su vida en un infierno!

—¿La informó ella de lo que ocurrió?

—No.

—Comprendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—Usted leyó los diarios de entonces. Es lo que usted sabe de lo que pasó.

—Sí, teniente. Estoy enterada de todo. Hasta del más insignificante detalle. Desde entonces es como si mi hermana hubiese muerto…

Kane se miró la mano derecha y luego, clavando los ojos en el rostro de la joven, dijo:

—Quizá no fuese así como ocurrieron las cosas. Es posible que usted esté equivocada. —Oh, no, teniente. No me va a convencer. Para usted será muy fácil contarlo a su manera, pero no le voy a conceder una oportunidad… ¡No quiero escucharle!

Kane apretó fuertemente los labios. Su voz sonó brusca, cortante:

—¿Es que no se da cuenta, Marcia? Aún es tiempo de que recupere a Ruth. Ella debe estar en alguna parte. Estoy por asegurar que Cap Boyd sabe dónde encontrarla… ¡Es por ella, Marcia!

—¡Cállese! Usted se cree muy listo. Ha venido aquí buscando mi colaboración para dar con Ruth. Pensé que sería un periodista; por eso aleccioné a Susi. Pero ha resultado ser el teniente Kane, de la Brigada de Homicidios… Un talento, un genio… pero esta vez le falló… Cap Boyd no va a matar a Ruth, sólo pensará en salir del país. Usted lo sabe perfectamente. No es a mí a quien piensa devolver a Ruth… ¡La quiere para usted!

La joven, con el pecho agitado por la ira, hizo una pausa.

Kane se mantuvo inmóvil, el rostro como tallado en granito.

Ella prosiguió:

—No le ha salido bien la combinación, teniente… ¡Márchese…! ¡Déjenos en paz a mi hermana y a mí! ¡Ya nos hizo bastante daño a las dos!

Se hizo un gran silencio en la estancia.

Erny Kane se pasó el dorso de la mano por el filo de la boca sin dejar de mirar a la joven. Finalmente giró sobre los talones y se dirigió hacia la salida.

Marcia Stowe, con los ojos brillantes de lágrimas, escuchó el mido de la puerta al cerrarse.

2

El cartel decía: «Bien venido a Anderson».

Cap Boyd dejó correr el coche a treinta millas y miró a Yvette preguntando:

—¿Viniste alguna vez por aquí?

—No, no conozco este pueblo.

—Es igual. Nos quedaremos.

Detuvo el coche ante un hotel bautizado con el nombre de Universal. Guardó la llave del encendido y saltó fuera cuando ya Yvette, en la acera, se tiraba de la falda por detrás.

—Vamos —dijo él tomándola de un brazo.

El encargado del registro era un hombre de nariz ganchuda y ojos defendidos con gafas de alta graduación.

Bajo el hueco de la escalera, un individuo se columpiaba en una mecedora. Poseía un gran abdomen y sobre éste arracimaba los dedos. Cap Boyd le echó una mirada, pero enseguida dedicó su atención a la hoja del registro.

Utilizó el nombre de Peter Ronald y señora. El encargado le ofreció una llave con el número ocho y Cap Boyd se la entregó a Yvette mientras decía:

—Voy por el equipaje.

De la caja trasera del coche sacó una valija de piel de cerdo. Volvió a entrar en el hotel y observó que el tipo de la mecedora miraba a Yvette con ojos codiciosos. Ella se colgó de su brazo y subieron por la escalera. Ya dentro de la habitación, Cap dejó la valija y abrió la ventana que daba a la calle principal.

—¿Viste cómo me miraba ése? —Oyó que le preguntaba Yvette.

—Sí, ya lo vi. Pero ten cuidado. No quiero jaleos.

Se quitó la chaqueta y la puso sobre una silla. Luego se volvió hacia la joven y dijo:

—Eres demasiada llamativa.

—¿Sí? —sonrió Yvette.

—Ese cabello rubio… Podías haberlo teñido.

Yvette se cogió una guedeja del cabello y poniéndola sobre los ojos repuso:

—Es natural, ¿sabes?

—No entiendo de eso. Todas decís lo mismo… Morris es un talento. Debió pensar que lo que yo necesitaba era una mujer corriente. Tú eres demasiado escandalosa.

Yvette se mordió el labio inferior.

—Lo siento —murmuró.

Cap Boyd se agachó sobre la chaqueta y sacó el paquete de cigarrillos. Encendió expulsando dos chorros de humo por la nariz.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —preguntó.

Yvette dijo:

—Supongo que necesitas descansar. Comprendo que han sido demasiadas emociones para ti.

—¡Al diablo con eso…! ¿Quién piensa ya en la fuga? —Se sentó en el borde de la cama y sus labios se curvaron en una sonrisa—. Es te pueblo es nuestra primera etapa.

Yvette se estremeció.

—¿Qué quieres decir?

Cap Boyd la miró fijamente a los ojos y respondió:

—Exactamente lo que estás pensando. Voy a despachar aquí a un tipo.

—¿Quién es?

—Caryl Ribot, mi antiguo socio.

—¿Caryl Ribot, en un pueblucho como éste…? Oí hablar mucho de él, y me dijeron que era un hombre que le gustaba la buena vida.

—Sí, nena. Era un tipo de ésos y no hizo mal negocio cuando se separó de mí. Se llevó medio millón limpio. Pero cometió un error, el de querer regresar. Había echado de menos a los muchachos. Creyó que había llegado su oportunidad cuando la policía me echó el guante… ¿Y sabes lo que hizo el muy cerdo…? Me acusó… ¡Eso es, fue testigo del fiscal…! ¡El muy estúpido!

—¿Por qué no consiguió lo que quería?

—Los muchachos siguieron mis instrucciones, a pesar de que yo me encontraba entre rejas. Ribot fracasó en su intento, y cuando se

dio cuenta de que también corría peligro su vida se largó. Empezó a sentir miedo, él sabía que yo no lo dejaría en paz… Bueno, a los chicos les costó dos años dar con su paradero. Está en Anderson. Aquí utiliza otro nombre, ahora se hace llamar Paul Francis y es dueño de un establecimiento de artículos de pesca. —Cap Boyd rió por lo bajo.

Hubo un silencio.

—Oye, Cap —dijo Yvette—. Estaba pensando en que tú no necesitas mancharte las manos de sangre, tienes a muchos hombres que trabajan para ti… ¿Por qué no has ordenado a cualquiera de ellos que haga el trabajo?

Cap Boyd sacó la valija de piel de cerdo y la abrió, extrayendo de su interior una pistola y un silenciador. Levantó la mirada, depositándola en el rostro de la joven, y dijo:

—Sí, pequeña. Bastaría una orden mía a cualquiera de mis hombres para que viniese aquí a realizar el trabajo, pero no voy a hacer nada de eso… Es asunto mío… ¡Yo seré quien acabe con todos ellos…! ¡Con Ribot, con Dora, con ese maldito policía y con mi enamoradísima Ruth…! ¡Ninguno de ellos se librará…! ¡Yo seré el verdugo en las cuatro ejecuciones!

CAPÍTULO III

1

Franckie Sullivan entró en la barca que utilizaba como vivienda y después de cerrar la puerta con llave dio vuelta al conmutador de la luz.

Acercóse al aparador y abrió un cajón, del que extrajo una botella de *whisky*. Se escanció un par de dedos de alcohol en un vaso y lo bebió de un trago.

Emitió un suspiro y en ese instante se abrieron las cortinas del fondo y apareció una pelirroja que cubría su cuerpo con un batín descolorido.

—Hola, Katty —la saludó Franckie.

La pelirroja puso un brazo en jarras y murmuró con desgana:

—Estoy toda la tarde sin poder fumar. ¿Tienes un cigarrillo?

—Claro que sí.

Franckie sacó un paquete medio arrugado y cogió dos cigarrillos. Los encendió a un tiempo y alargó uno a Katty.

La joven inhaló profundamente y mientras arrojaba el humo preguntó:

—¿Cómo te ha ido?

—No nos podemos quejar. Tres carteras y un reloj.

Franckie sacó las tres carteras y el reloj de los bolsillos interiores de su chaqueta. Lo dejó todo sobre la mesa y se puso a examinarlo bajo la mirada vigilante de Katty.

Reunió el dinero que encontró dentro de las carteras y lo contó:

—Doscientos noventa dólares —anunció con una sonrisa.

—¿Y el reloj? —inquirió Katty.

—Es un pedrusco. No nos darán por él ni un solo dólar.

—Bueno —dijo Katty—. Si todos los días consiguieses doscientos noventa dólares, la cosa iría mejor.

—Eso no puede ser, y tú lo sabes —gruñó Franckie—. Me conocen todos los policías. Te advertí que en esta ciudad no podía trabajar. Debíamos habernos marchado a Nueva York. Allí hay campo para un tipo como yo y uno no tiene que preocuparse tanto de la «bofia».

—¿Qué es lo que pasará ahora?

—Tendré que estar un par de semanas metido en esta ratonera… Hasta que se convenzan de que no me encuentro en la ciudad.

—¿Estás seguro de que no conocen nuestra dirección? —preguntó Katty.

—Absolutamente seguro. No existe ninguna duda.

Hubo un silencio. De pronto Katty emitió un gruñido y dejóse caer en un sillón.

—Buena vida me espera contigo —se quejó—. Siempre escondidos, como dos conejos en una madriguera.

—¿Ahora sales con ésa? —Franckie la miró fijamente—. ¿Quién decidió quedarse…? ¡Fuiste tú con tu maldito sentimentalismo…! No quisiste ir a Nueva York… ¿Cuánto tiempo he perdido en tratar de convencerte, y no ha servido de nada?

Katty miró el humo del cigarrillo y luego dijo:

—Lo he pensado mejor, Franckie.

El frunció el entrecejo y de pronto sus ojos empezaron a agrandarse mientras a sus labios afloraba una sonrisa.

—¿Es cierto, Katty?

—Sí. He llegado a la conclusión de que no vale la pena continuar aquí. Iremos a Nueva York, como tú querías.

Franckie estalló en júbilo y se acercó a ella. La cogió en brazos y empezó a dar vueltas.

Ella se echó a reír como una chiquilla.

—¿Quieres estarte quieto…? Me haces cosquillas.

Franckie la besó junto a la oreja y ella hundió la barbilla en el pecho tratando de eludir el beso.

De pronto oyeron un chasquido y se quedaron inmóviles mirándose a los ojos. Ambos conocían la procedencia de aquel ruido. Era uno de los maderos que unías al barco con la orilla.

Franckie lo había aflojado para conocer la presencia de un extraño. Bastaba poner el pie encima del tablón para que empezase a crujir.

—Franckie —dijo ella.

—Cállate.

Transcurrieron unos segundos. El hombre dejó suavemente a Katty en el suelo.

—Debe haber sido el perro de los Harrison —sugirió ella.

—No —opuso Franckie—. «Dick» no armaría ese escándalo.

Hablaban en voz baja, en un susurro.

Franckie señaló las tres carteras y el reloj que había sobre la mesa.

—Guárdalo, nena. ¡Date prisa!

Katty cogió un aparato de radio, modelo muy antiguo, y lo puso sobre la mesa. Tiró del chasis y dejó la caja al descubierto, hizo girar una de las lámparas y luego levantó la tapa. El interior estaba hueco.

Dejó las tres carteras y el reloj dentro y luego volvió a armar el aparato. En toda la operación invirtió treinta segundos.

Apenas hubo dejado la radio en un pequeño mueble situado en un rincón, llamaron a la puerta.

Miráronse sobrecogidos.

Franckie se humedeció el labio inferior con la lengua y dio unos pasos hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un amigo —contestó una voz.

Franckie hizo una mueca.

—¿Un amigo? —retrucó—. Usted se equivoca. ¿A quién busca?

—Déjate de historias, Franckie. Soy Ernest Kane.

Franckie dio un respingo.

—¿Kane…? No tengo nada que ver con usted… Déjeme tranquilo.

—Te conviene abrir. Tienes un minuto para hacerlo.

Franckie se frotó la nuca con la mano derecha.

—¿Qué hago? —rezongó mirando a Katty.

—De la «poli», ¿eh? —dijo ella.

—Pero trabaja en Homicidios… ¿Qué infiernos tengo yo que ver con eso?

Los ojos de Katty se empequeñecieron.

—¿Ha dicho Kane? ¿Ernest Kane?

—Sí.

La joven se movió aprisa y desapareció entre las cortinas. Tardó en regresar muy poco. Traía entre sus manos un periódico que arrojó sobre la mesa.

Franckie vio la fotografía de Kane en la primera página y debajo el pie: «Teniente Ernest Kane, de Homicidios, uno de los protagonistas del drama, por haber sido el hombre que envió a Cap Boyd a la cárcel». Franckie lanzó un silbido.

—Ya ha pasado el minuto —oyó que decía Kane.

—Espere, teniente, ahora mismo le abro.

Franqueó la entrada al teniente Kane, el cual pasó dentro, echando una ojeada a su alrededor.

Observó durante unos instantes a Katty y detuvo los ojos en el diario que había sobre la mesa. Luego miró a Franckie y dijo:

—No sabía que te gustase leer, Franckie.

El aludido rió mientras replicaba:

—Usted siempre con sus bromas, teniente. No ha cambiado a pesar de los años.

—¿Y tú, Franckie?

—Oh, ahora Franckie Sullivan es un hombre muy distinto al que usted conoció, teniente.

—¿Sí?

—Senté la cabeza, ¿sabe?

Kane ocupó el único sillón de la estancia.

Franckie sacó el paquete de cigarrillos y se lo ofreció, pero el teniente negó con la cabeza.

Hubo una larga pausa y luego Kane dijo:

—He venido a que me eches una mano.

—¿Yo a usted? —Franckie se echó a reír otra vez y miró a Katty —. ¿Has oído eso, nena?

—Sí, creo que sí —asintió Katty muy seria, sin dejar de mirar al teniente.

Kane cruzó los dedos de las manos sobre el estómago.

—No hubiese venido sin tener la seguridad de que puedes hacerlo, Franckie.

—¿En qué puedo ayudarle yo, teniente…? Ya le he dicho que ando retirado de los negocios, y ya sabe lo que quiero decir con

eso… Eran demasiados sustos para lo que uno podía ganar. Ahora llevo una vida tranquila… Katty y yo nos vamos a casar, ¿entiende…? Iremos a vivir a Nueva York… Tenemos algunos ahorros y allí le echaremos el ojo a algún negocio honrado… Ya entiende, algo en pequeña escala.

—Eso está bien —convino Kane—. Me agrada saber que los amigos se regeneran. —Usted lo comprende, ¿verdad, teniente…? Acabé de una vez para siempre. Créame que lo siento, teniente, en otras circunstancias me hubiese gustado hacerle un favor.

Kane se levantó.

—De acuerdo —dijo—. No quiero ser pesado.

Hizo como si descubriese la botella de *whisky* sobre el aparador y murmuró:

—Te aceptaré un trago, Franckie.

—Cómo no, teniente.

Sullivan cogió el vaso y lo miró al trasluz cerciorándose de que estaba limpio. Escanció y se lo alargó a su visitante. Éste bebió un pequeño trago, acercóse al mueble del rincón y puso una mano sobre el aparato de radio.

—Es un buen *whisky* —comentó.

Franckie resistió la tentación de mirar a la radio y trató de sonreír.

—Un amigo me regaló la botella —balbuceó.

Kane sacudió la cabeza y miró el aparato.

—¿Funciona el chisme…? Quisiera oír las últimas noticias acerca de Cap Boyd. —No, no funciona. Está ahí de adorno. Pensaba comprar un televisor, pero Katty me lo quitó de la cabeza. Se lo regalaré cuando lleguemos a Nueva York.

Kane levantó las cejas.

—Bueno, ¿qué es lo que le pasa? Soy un entendido en la materia. Gané un diploma por correspondencia antes de ingresar en el cuerpo de policía. Apuesto a que lo arreglo en un instante.

—No tiene que molestarse, teniente.

—Oh, no será ninguna pérdida de tiempo —dijo Kane—. ¿Qué menos puedo hacer a cambio de tu *whisky*?

Kane cogió el aparato.

Katty dirigió una mirada a Franckie, el cual había palidecido.

El teniente dejó al descubierto la caja, hizo girar una lámpara y

luego otra. A la tercera vez dio con la que hacía mover la tapa. Tiró de ésta y observó dentro las tres carteras y el reloj.

—Vaya, vaya —repitió dos veces—. ¿Qué es lo que veo aquí?

Franckie soltó un gemido y dejó caer su cigarrillo al suelo.

Katty echó chispas por los ojos y dio un paso hacia el teniente, exclamando:

—¡Le dijimos que se estuviese quieto…! ¿Por qué infiernos no lo hizo…? ¡Lárguese ahora y déjenos en paz…! Usted pertenece a la Brigada de Homicidios… No tiene nada que ver con esto.

Kane miró a Franckie.

—¿Qué dices tú, muchacho?

Franckie hizo una mueca.

—Usted no puede hacerme una mala jugada, teniente. Le juro que es cierto lo de irnos a Nueva York.

—¿Y lo del negocio honrado?

Franckie parpadeó dos veces y finalmente respondió:

—También, teniente.

—Sería una verdadera pena que no pudieses llevar a cabo tus sueños. Te conozco desde hace ocho años, Franckie, y siempre has estado diciendo de marcharte al Este. —Ahora va en serio, teniente. ¡Se lo juro!

Kane señaló las carteras.

—¿Cuánto había dentro?

—Apenas cincuenta dólares.

—¿Cuánto has dicho?

Franckie se miró las puntas de los zapatos y respondió de mala gana:

—Doscientos noventa.

Kane meneó la cabeza.

—Supongamos que corro con el gasto. Ya sabes, tú me dices lo que había en cada cartera y yo dejo el dinero en su sitio. Dinero mío, de mi bolsillo. Naturalmente, luego lo entrego todo en el Precinto para que lo hagan llegar a sus dueños. Me las arreglaré para que no citen tu nombre.

Franckie agrandó los ojos.

—¿Va a hacer eso por mí, teniente?

—Sí. Y hasta te permitiré ir a Nueva York.

Katty puso los brazos en jarras y miró a Franckie.

—¿Es que no te das cuenta, estúpido? ¡El teniente quiere algo a cambio!

—Sí —admitió Kane—. ¿No lo crees justo, Franckie?

—¿Qué es lo que quiere, teniente?

Kane dio unos pasos por la estancia. Por fin se detuvo y miró al ladrón de carteras.

—Tú fuiste amigo de Cap Boyd.

—Sí, pero hace cuatro años que terminé con él. —Franckie señaló el diario que había sobre la mesa—. Si usted cree que yo tuve algo que ver con su fuga, es que está loco. —No he dicho eso. Sé que tú no estás relacionado con la evasión.

—¿Entonces?

—Conoces la amenaza de Cap Boyd. Prometió matar a cuatro personas. Yo soy una de ellas, pero ignoro absolutamente dónde se encuentra las otras tres. Necesito conocer el paradero de cada una de ellas. Y es en eso en lo que tú me vas a ayudar, Franckie.

—¿Yo? ¡Oh, no, teniente…! ¡Se equivocó de hombre!

—Eres el único que puede hacerlo. Conoces a muchas personas y eres un tipo simpático. No digo que te vaya a ser fácil, pero si pones un poco de cabeza lo puedes conseguir.

—Olvídelo, teniente.

—Conociste a las tres personas a que me refiero. Son Caryl Ribot, ex socio de Boyd; Dora Madden, su primera mujer…, y Ruth Stowe, la chica a quien él quería.

Franckie dio un manotazo en el aire.

—¡No he vuelto a saber nada de ellos…! Ni una palabra. ¿Lo va entendiendo, teniente?

¡No puedo hacer nada por usted!

Transcurrieron unos segundos.

—Está bien —dijo Kane.

Metió la mano en la caja de la radio y sacó las tres carteras y el reloj.

—Tendrás que acompañarme, Franckie.

Katty estalló de nuevo:

—¿Conque ése es su juego, teniente…? ¿Cómo le llama usted a eso?

—Cállate, nena —dijo Franckie.

—¡No quiero callarme…! ¿Es que no ves que te ha preparado

una encerrona…? Ha jugado contigo como el gato con el ratón. Debe ser muy divertido para él.

Kane miró a la pelirroja y dijo:

—No lo es, muchacha. Pero he echado mano a Franckie porque sólo él me puede servir de ayuda. Será un trato entre caballeros. Para vosotros, pasaje libre a Nueva York. Para mí, información sobre las tres personas que me interesan.

Sobrevino otro silencio.

Franckie hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras rezongaba:

—De acuerdo, teniente. Pero recuerde una cosa. ¡No le respondo de los resultados…!

Piense que puedo fracasar.

—Correré ese riesgo —dijo Erny Kane con una sonrisa.

2

Cap Boyd contempló la lluvia a través de la ventana. Media hora antes lucía un sol espléndido, pero de pronto el cielo empezó a llenarse de nubes negras y la tormenta descargó sobre Anderson.

Consultó su reloj. Las manillas señalaban las seis de la tarde. Todavía no había empezado a caer la noche, pero la habitación estaba casi sumida en la oscuridad.

Cogió la pistola provista de silenciador y la guardó en la funda que tenía bajo la axila.

Luego se puso la chaqueta.

El somier crujió al volverse Yvette en la cama.

—¿Adónde vas? —inquirió.

El observó las pupilas brillantes de la rubia y dijo:

—Será mejor que en lo sucesivo no hagas preguntas, nena.

—Al parecer no puedo quitarte eso de la cabeza.

—No. Ni tú, ni nadie.

—Trato de comprenderlo, pero no puedo… Quizá sea porque no fui nunca rencorosa.

—Guarda para ti tus pensamientos.

Cap entró en el cuarto de baño y se peinó. Luego regresó al dormitorio y dijo, mientras se abotonaba la chaqueta:

—Apréndete bien esto, muchacha. Exactamente a las seis y media has de tener el coche preparado en la estación de servicio que encontramos a la entrada del pueblo. Tienes diez minutos para empaquetarlo todo y largarte.

—Eso sí que está bueno —retrucó ella—. Por lo visto no te importa que nadie nos vea. Te has metido en este hotelucho de mala muerte. ¿Es que no has visto cómo se fijaban en nosotros? Y te he de esperar en la estación de servicio… ¿Quizá dando palique a uno de los empleados?

Se había levantado y estaba sentada sobre la sábana.

Cap Boyd gruñó por lo bajo y echó a andar hacia la cama.

Llegado al borde golpeó el rostro de Yvette con el dorso de la mano.

La rubia lanzó un grito y salió lanzada hacia atrás, golpeando la cabeza contra la almohada.

—Escucha, estúpida —exclamó Cap con voz ronca—. No tienes que decirme nada. Sé cómo hacer las cosas. Tú solo tienes que atenerte a mis órdenes. Cúmplelas sin rechistar y todo irá como una seda.

Escuchó los sollozos de Yvette y dirigióse hacia la puerta. Con la mano en el tirador volvió la cabeza y dijo:

—No tienes mucho tiempo, querida.

Salió al corredor y cerró suavemente la puerta.

Descendió las escaleras. Sobre el registro jugaban a las damas el encargado y el tipo de la mecedora.

Cap Boyd les dirigió un saludo y recibió a cambio un par de gruñidos.

Estaba a punto de salir, cuando oyó a su espalda la voz del encargado.

—Se va a mojar, señor Ronald —le dijo—. Sólo tiene que esperar unos minutos. Es una tormenta de poca duración.

Cap giró unas pulgadas y repuso:

—Siempre me ha gustado remojarme un poco.

Salió fuera sin esperar una nueva réplica.

Anduvo por la acera con paso elástico y se detuvo cerca de la casa a la que se dirigía.

Vio el cartel sobre la puerta: «Francis. Artículos de pesca».

Se subió el cuello de la chaqueta y entró en el establecimiento.

Al empujar la puerta se produjo un campanillazo. No había nadie a la vista.

De la trastienda le llegó una advertencia:

—Ahora mismo salgó.

Era Caryl Ribot. Había reconocido su voz.

Acercóse a una de las paredes, donde descansaba verticalmente un mazo de cañas de pescar. Se puso a examinar una de ellas. En aquella posición daba la espalda al hueco por donde después llegó el saludo:

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes —contestó Cap Boyd sin volverse.

Transcurrieron unos segundos.

Caryl Ribot declaró:

—Es la mejor temporada para el salmón, y la caña que usted tiene en la mano es magnífica para esa pesca.

Cap Boyd dirigió uña mirada de soslayo hacia la puerta. Fuera seguía lloviendo. El tiempo se había aliado a su favor. Estarían los dos solos. Igual que en los viejos tiempos.

Se volvió muy lentamente.

Caryl Ribot había envejecido un poco, su cabello había empezado a encanecer y defendía sus ojos con gafas de miope. Pero quizá los cristales no eran de la graduación que él necesitaba porque no dio muestras de reconocerle. Sus labios sonreían protocolariamente pensando quizá en la posibilidad de una venta productiva.

—Le puedo dejar la caña en once dólares noventa y cinco —declaró—. Es de la casa Sapan. Ya sabe, una garantía para todos los pescadores deportivos.

Cap Boyd sacudió la cabeza.

—En otro tiempo yo también me dediqué a pescar, —dejó correr unos segundos y añadió—: Pero no eran peces lo que yo buscaba.

Vio como poco a poco el rostro de Caryl Ribot acusaba el golpe. Sus ojos azules se fueron agrandando, y de su boca huyó la sonrisa y de sus mejillas el color. Parecía que estaba conteniendo la respiración y de pronto expulsó hasta la última onza de aire que quedaba en sus pulmones, soltando una exclamación:

—¡Dios mío!

Y ya no dijo más durante un rato, pero sus brazos empezaron a

temblar y sus dedos se crisparon sobre el mostrador.

Entonces Cap Boyd se fue acercando a él y cuando se encontró a una distancia en que podía tocarlo solamente con alargar el brazo, se detuvo y dijo:

—¿Cómo estás, Caryl?

El antiguo *gángster* respiró ahora apresuradamente y forzó una sonrisa.

—Hola, Cap… ¿Có… cómo te van las cosas?

—De primera, muchacho. Yo nunca me he quejado, ya lo sabes.

Ribot se humedeció los labios con la lengua.

—Me alegro mucho.

—Claro que sí, Caryl. Te alegras de este encuentro, ¿verdad que sí?

—Desde luego… Siempre nos llevamos bien.

Los ojos de Cap Boyd taladraron los de su ex socio y en su cara se dibujó a poco una mueca sanguinaria.

—¿Qué pensaste cuando leíste lo de mi fuga, Caryl?

—Nada, no pensé nada.

—Di la verdad. Quiero la verdad. Pensaste algo. ¡Suéltalo!

Caryl Ribot meneó la cabeza nerviosamente de arriba abajo.

—Sí, Cap… Pensé que te marcharías.

—Eso es. Que saldría del país, ¿no es así?

—Sí.

—Y ahora, ¿qué es lo que piensas?

Pequeñas gotas de sudor empezaron a formarse en la frente de Ribot y sus ojos se desviaron hacia la puerta.

—¿Qué es lo que piensas? —repitió Cap Boyd golpeando el mostrador con la palma de la mano.

Caryl absorbió el aire entrecortadamente y por fin balbució:

—Anderson está en la ruta del Canadá. Sólo tendrás que continuar un par de centenares de millas para quedar a salvo.

Cap Boyd rió maliciosamente.

—Eso está mejor, Caryl. Así que tú crees que estoy aquí de paso. Voy al Canadá para salvar el pellejo… Sólo se debe a la casualidad el que me haya detenido en Anderson. Es completamente azaroso que haya entrado en un establecimiento de pesca del que tú eres el dueño… Es el destino… Él ha guiado mis pasos… ¡Es todo lo que tú piensas!

Las gotas de sudor que ya inundaban el rostro de Ribot se habían hecho más grandes y se habían unido unas a otras y ahora corrían por la epidermis formando riachuelos.

—Sí, Cap —pudo decir con un esfuerzo—. El destino no se porta así con los hombres.

Cap Boyd lo miró fijamente durante un rato, sintiendo en lo más profundo de su pecho una gran satisfacción por el suplicio que le estaba causando. Y luego dijo:

—No, Caryl, no es el destino. No ha sido la casualidad, ni el azar… Quería venir a Anderson y he venido a Anderson. ¿Y sabes por qué, Caryl…? Porque tú estabas aquí… Y también quería verte como te estoy viendo ahora, cociéndote en tu propia salsa.

Sus palabras salían como dardos entre los apretados dientes y al miedo de Ribot sobrevino el pánico, un pánico que Cap leyó en sus ojos desorbitados.

—No, Cap… Tú no puedes hacer eso.

—¿Qué es lo que no puedo hacer, Caryl?

—Estoy apartado de todo, Cap. Ya lo ves. Conseguí salvar unos cuantos ahorros y me marché lejos. Sólo he aspirado a vivir en paz. No ambiciono ya nada.

Hubo un silencio.

—¡Maldito cobarde! —exclamó Cap Boyd—. ¿Crees que con eso me vas a conmover? Renunciaste a todo. ¿Y por qué lo hiciste, Caryl? Fue solo cuando ellos prefirieron seguir obedeciéndome aunque yo estuviese en la cárcel… Y tú fuiste uno de los que me enviaron allá.

—¡No!

—¡Si, Caryl! ¡Fuiste tú uno de ellos! Pensaste que era tu oportunidad… Que podías suplantarme, que los muchachos te seguirían ciegamente porque yo era un ídolo caído, roto… Eso es lo que pensaste. Pero te falló, Caryl, te falló, y entonces te diste cuenta de que tu testimonio en el tribunal sólo había servido para cavarme una fosa. Fuiste listo en pensar que yo, tarde o temprano, escaparía de aquella jaula y que entonces tú no estarías seguro. Y por eso te viniste lejos, Caryl, y armaste todo este tinglado de Paul Francis, artículos de pesca…

Hubo otra pausa.

De repente Cap Boyd alargó el brazo y cogió por el cuello de la

camisa a Ribot mientras gritaba fuerte:

—¡Anda, niégalo, Caryl! ¡Niégalo…! ¡Di que estoy equivocado!

Caryl echó la cabeza atrás, tembloroso, tragando aire a bocanadas, los ojos muy fijos, sin un solo parpadeo, en la cara de Cap.

—Lo siento, Cap —murmuró—. Palabra que lo siento. Te juro que no lo volveré a hacer.

Cap Boyd se echó a reír, pero su risa era cruel, fría y metálica.

—Lo sientes, ¿eh? Ya sé por qué lo sientes, Caryl. Porque tienes miedo. Lo tienes metido en el tuétano —volvió a reír—. ¿Qué esperas que haga ahora, Caryl?

—No sé.

—¿No lo sabes…? Eso sí que es gracioso… ¿No has reconocido que viniste aquí tratando de huir de mí?

Ribot tragó saliva con mucho trabajo e imploró:

—¡Por lo que más quieras, Cap…! Déjame vivir.

La mano que lo apretaba por la camisa golpeó dos veces sus mejillas. Sonaron otros tantos restallidos.

Caryl gimió:

—No me pegues, Cap…, no me pegues.

Cap Boyd apretó los labios con rabia.

—¿Qué clase de hombre eres tú…? ¿Dónde están tus agallas? ¿Es que no recuerdas que en otro tiempo diste órdenes a los muchachos…? ¡El gran Caryl Ribot…! ¡Un tipo a carta cabal! ¡Un hombre de una vez! ¡Un fulano que se las sabía todas! Y ahora, de pronto, se convierte en trozo de mantequilla. Me decepcionas, Caryl. Esperaba que me hicieses frente, que luchases como un verdadero hombre.

—No puedo, Cap, no puedo.

Ribot se acodó en el mostrador y la piel que había junto a sus ojos se llenó de arrugas. Su rostro sudoroso parecía una máscara de cera que se estuviera derritiendo al calor de una llama.

En aquel momento se abrió la puerta del establecimiento y la campanilla repiqueteó con fuerza.

Cap Boyd se quedó inmóvil convertido en una estatua, las manos junto a los muslos. Caryl Ribot empezó a enderezarse.

Una voz jovial dijo:

—Hola, Paul. ¿Tiene por ahí lo mío?

Cap Boyd volvió la cabeza unas pulgadas. El recién llegado era un muchacho de unos dieciséis años. Se cubría con camisa a cuadros, pantalones de
cow-boy
, botas claveteadas y gorro con visera.

Caryl Ribot dirigió una mirada a Cap, y luego la fijó en el muchacho.

—Sí, Bill. Lo tengo ahí dentro en la trastienda.

El muchacho dijo:

—Estaba en casa y cuando vi que empezaba a llover me dije que sería estupendo dejarme caer por la laguna de los Tres Álamos. Seguro que hoy voy a tener buena pesca.

Es una corazonada, ¿sabe?

Miró alternativamente a Cap Boyd y a Caryl Ribot.

El cerebro de Ribot trabajaba aprisa. Allá dentro, en la trastienda, guardaba una pistola. Bill le había salvado la vida. Todo sería muy sencillo. Iría al interior por el equipo de Bill. Él lo guardaba como los de otros muchachos. Había perseguido con ello el que no interrumpiesen la afición. Procuraba conservar los equipos de forma que se pudiesen usar en cualquier momento. Y de esa forma había incrementado sus ingresos. Era una buena oportunidad. Cap Boyd había ido allí para liquidarlo, no tenía duda de ello. Boyd era un sádico, un sanguinario, pero él lo mataría ahora sin remisión.

Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la trastienda. De pronto, la voz de Cap sonó ronca, terminante:

—Deja que vaya el chico por su equipo.

Se detuvo como si lo hubiesen golpeado en la nuca. Pensó que debía seguir adelante, pero sin ver a Cap Boyd imaginó que él tendría la mano muy cerca de la pistola. Boyd había advertido sus intenciones. Eso era lo que pensaba. No le dejaría llegar a la trastienda. Antes de cruzar el umbral, Cap apretaría una y otra vez el gatillo, y él sentiría las balas penetrar en su espalda. ¿Y si Cap Boyd, después de todo, se conformaba con insultarlo? ¿Qué ganaba Cap, con que él estuviese muerto? ¡Cielos! Un hombre no podía llevar su venganza tan lejos. Al fin y al cabo, los verdaderos culpables de su encarcelamiento había sido el teniente Kane y la propia mujer que lo amaba, Ruth Stowe.

Se volvió decidido.

—Sí, Bill —dijo—. Puedes cogerlo tú. Ya sabes dónde encontrarlo.

—Ahora mismo, señor Francis —contestó alegremente el muchacho.

Mientras Bill se metía en la trastienda, Ribot regresó al mostrador. Sus ojos se fijaron otra vez en los de Cap Boyd. Sí, tal como había supuesto, la mano derecha de Cap había desaparecido en el interior de la chaqueta.

Permanecieron en silencio, mirándose durante un rato.

Bill reapareció con su equipo de pesca en la mano.

—Hasta luego, señor Francis. Debo darme prisa. Está a punto de salir el sol otra vez.

—Buena suerte, Bill —dijo Caryl.

El muchacho abrió la puerta y salió fuera, cerrando a sus espaldas.

Los dos antiguos camaradas volvieron a quedar solos.

Cap Boyd, los ojos entrecerrados, rió silenciosamente.

—Hubiese sido bueno para ti, ¿eh, Caryl…? Y muy sencillo. Habrías cogido el revólver y me hubieses vaciado encima el cargador.

—No pensaba hacer nada de eso, Cap.

—Sí, Caryl, te conozco. Lo habrías hecho sin vacilar. Los tipos como tú, que son unos malditos cobardes, necesitan siempre una ventaja y ese muchacho te la proporcionaba. Apuesto a que ya te veías convertido en un héroe.

—Te juro que no, Cap.

—Y habías pensado hasta los titulares: «Cap Boyd fue cosido a tiros por su antiguo socio, Caryl Ribot».

—Ni por un momento lo he pensado.

Cap Ribot miró el reloj que había en la pared. Faltaban seis minutos para las seis y media. Había llegado a la hora límite. Yvette le debía estar esperando en la estación de servicio.

Sacó la mano del interior de la chaqueta y exhibió la automática provista de silenciador.

Caryl Ribot se quedó mirándola sobrecogido, con los labios entreabiertos.

La tormenta se alejaba de Anderson sin dejar de tronar.

—¡No, Cap…! ¡No tienes ningún derecho!

—¿A qué no tengo derecho, Caryl?

—Soy tu compañero, tu amigo. Hemos pasado muchos años juntos.

—Sí, Caryl, pasamos muchos años juntos, pero eso no significó nada para ti cuando llegó la hora de apuñalarme por la espalda.

—Hice mal, Cap, lo he confesado… No lo volvería a hacer… Tienes que creerme.

—Tiempo perdido.

Cap Boyd apretó con más fuerza la culata de la pistola.

Caryl Ribot volvió las palmas de las manos hacia arriba y sus dedos se arquearon.

—Te acompañaré hasta la frontera, Cap. Soy un hombre respetado aquí. Conozco a la policía. No te harán nada. Conmigo estarás a salvo… ¡Podrás escapar!

—No, Caryl.

Ribot se pasó la temblorosa mano junto a la boca. Sus ojos miraron hacia la puerta, quizá esperando que se abriese nuevamente para dar paso a un cliente que interrumpiese su ejecución. Pero la puerta siguió cerrada.

Volvió otra vez los ojos a Cap Boyd.

—Tengo dinero, Cap. En la caja sólo hay cincuenta dólares, pero en el Banco guardo seis mil. Te puedes quedar aquí hasta mañana. Ahí dentro tengo dos camas, dormiremos juntos. Yo estaré contigo… y mañana en cuanto abran los Bancos, iré a sacar el dinero. Será para ti, Cap, y luego te acompañaré a la frontera.

Hubo un silencio, mucho más largo que todos los anteriores que se habían producido en aquella estancia entre los dos *gangsters*. Luego Cap Boyd dijo:

—Oferta rechazada, Caryl. ¿Sabes por qué…? He pasado muchas noches en vela, horas de desesperación. Me he mordido los puños pensando que yo estaba encerrado y que tú respirabas el aire libre… Que yo estaba allí atrapado como un conejo, oliendo a sudor, comiendo bazofia, mientras tú quizá tenías entre tus brazos a una chica que olía a jazmín o con la que comías en un restaurante de lujo… He estado allí cuatro años, Caryl… He contado los días, las horas, los minutos… Era como si me hubiesen metido en un infierno… ¿Lo entiendes, Caryl? Y yo estaba vivo, y las llamas me

devoraban. Pero al fin me libré de todo aquello. Caryl… Y he sido yo quien lo ha hecho. Nadie me ha salvado… Nadie pensó en mí.

Ribot se cogió la garganta con la mano, como si no encontrase oxígeno que llevar a sus pulmones.

Meneó la cabeza y su voz fue un quejido.

—¡Por todos los cielos, Cap… no lo hagas…! ¡No lo hagas!

Cap Boyd apretó el gatillo. Sonó un suave estampido que en forma alguna podía oírse fuera del establecimiento.

En el pecho de Caryl Ribot apareció un agujero, justo en el centro.

Boyd disparó por segunda ve2, y otro orificio brotó junto al primero.

Ribot emitió un ronquido y empezó a desplomarse, pero sus manos se aferraron sobre el mostrador y logró sostenerse unos instantes.

—Cap… yo…

Cap Boyd no supo nunca lo que su ex socio le quiso decir en el último instante porque el moribundo se desplomó detrás del mostrador.

Entonces el asesino guardó la pistola y salió rápidamente del establecimiento.

Todavía lloviznaba, pero el sol ya había aparecido.

Vio a lo lejos el coche, cerca de la estación de servicio, y apresuró el paso.

Ivette estaba sentada junto al volante y hablaba con uno de los empleados.

Ella lo vio llegar y se pasó junto a la otra portezuela, cediéndole el mando.

El empleado decía:

—Les deseo unas buenas vacaciones.

—Gracias —dijo Ivette mirando de soslayo a Cap Boyd.

El *gángster* no miró al joven de la estación.

Hizo arrancar el coche con fuerza y poco después ganaban la pista que se dirigía al Norte.

Durante los primeros segundos viajaron en silencio y al fin la rubia dijo:

—¿Lo has hecho, Cap?

—Sí, nena. Ya hay uno menos en la lista.

—Así que piensas continuar.

—¿Tienes algo que oponer? —preguntó él desabridamente, sin mirarla.

—Si hubiese sabido para qué me necesitabas, Morris tendría que haber buscado a otra.

Cap Boyd rió forzadamente.

—Eres un ángel, querida.

—¿Cómo crees que puedes continuar así? Antes de media hora nos habrán dado caza.

Sólo ha faltado que dejases tu tarjeta de identidad.

El la miró por primera vez desde que entró en el coche y repuso:

—No sé por qué te lo digo, pero entérate de una vez. No nos van a cazar. ¿Es que no te has dado cuenta? Está todo premeditado. Dentro de media hora cambiaré de coche y de compañía. Tú solo has servido para cubrir la primera etapa. Los volveré locos, pequeña. Me he pasado unos cuantos años imaginando esto. ¿Crees que podría dejar algo al azar? Necesito de la publicidad, que se sepa que soy yo quien ha apretado el gatillo, ¿y sabes por qué? Es muy sencillo. Quiero que todos los que tienen cuentas pendientes conmigo empiecen a temblar, a temerme —soltó una fuerte carcajada.

La rubia Ivette no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Lo vas comprendiendo, nena…? —prosiguió Cap Boyd—. Ellos no morirán cuando yo dispare contra sus cuerpos. Empezarán a morir antes y lo harán lentamente, muy lentamente… Como yo quiero que sea.

CAPÍTULO IV

1

Ernest Kane paseaba nerviosamente por la estancia. En su mano derecha humeaba un cigarrillo. En el suelo, amontonadas en desorden, yacían las hojas de un diario.

De pronto sonó el timbre de la puerta y el teniente se detuvo, permaneciendo inmóvil durante unos segundos. Finalmente, con las cejas enarcadas, se dirigió al vestíbulo, tiró de la puerta y quedóse perplejo al contemplar enmarcada la figura de Marcia Stowe.

La joven se mojó el labio inferior con la lengua y titubeante dijo:

—Buenas noches, teniente… ¿Puedo pasar?

—Oh, sí, desde luego —dijo Kane y se apartó para franquearle el paso.

Marcia penetró en el apartamento.

Llegaron al *living* y Kane se agachó para recoger el diario.

—Lo siento —murmuró—. No esperaba ninguna visita. ¿Quiere sentarse?

Marcia ocupó un sillón sentándose al borde, pero Kane se mantuvo en pie, frente a ella.

La joven se miró la punta de los zapatos.

—He venido a presentarle mis disculpas, teniente.

—No tenía necesidad de ello. —Kane aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Después de todo, usted tenía derecho a tratarme así teniendo en cuenta la versión que conocía de lo ocurrido.

—Creo que no me ha comprendido bien, teniente.

—¿No? —Kane frunció el ceño al descubrir en los ojos de Marcia el brillo que ya había conocido el día anterior.

—Sigo pensando lo mismo respecto a usted. El único cambio que se ha producido en mí es en lo que se refiere al futuro de mi hermana. Yo también he leído los diarios de la noche. Ese hombre, Cap Boyd, ha asesinado a su antiguo socio. Usted se refirió a cuatro personas.

Hubo una pausa.

—Continúe —le alentó Kane a proseguir.

—Sí, usted está en lo cierto, tarde o temprano le llegará el turno a Ruth.

Kane sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Siempre me ha gustado que las personas sean sinceras conmigo —declaró—. Y aunque su sinceridad me produce todavía daño le agradezco que haya venido.

—Quiero que quede bien claro una cosa desde el principio. Estoy aquí única y exclusivamente por mi hermana Ruth.

—Está fuera de toda duda.

Sobrevino un embarazoso silencio entre los dos jóvenes. Kane dejó el periódico sobre una mesa y encaminóse hacia un mueble-bar que había en un rincón.

—¿*Whisky*? —inquirió medio vuelto hacia Marcia.

—No, gracias.

Kane se preparó un *whisky* al que añadió ira poco de soda. Bebió un trago y se volvió diciendo:

—Muy bien, Marcia. ¿Dónde está Ruth?

La joven giró repentinamente la cabeza y fijando sus ojos en los de él respondió:

—Lo ignoro en absoluto.

El teniente se quedó ahora mucho más asombrado que cuando ella apareció en su apartamento.

—¿Entonces…? —dejó la pregunta sin terminar y con la mano libre se apretó el puente de la nariz mientras cerraba los ojos—. Esto lo acaba de arreglar.

Oyó la respuesta de ella:

—Pensé que usted lo sabía.

—No, no lo sé.

—¿Cómo es posible?

Kane bebió de un trago el contenido de su vaso y dejó éste sobre el mueble-bar, luego sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno y

arrojó una bocanada de humo.

—Lo crea o no, es así. Desde que la visité ayer a usted en su apartamento, no he hecho otra cosa que tratar de localizar a Ruth. He echado mano a todos mis recursos, y le aseguro que tengo un buen surtido de ellos, pero ninguno ha servido.

—Pero ¿y su departamento…? La policía cuenta con una gran organización.

—Sí, Marcia; cuenta con una maravillosa organización, pero en el caso de Ruth se trata de una mujer que desapareció por su propio interés hace cuatro años. Fue ella quien insistió en sumergirse en el anonimato, en permanecer ignorada. Es muy posible que la policía consiga dar con su paradero, pero quizá entonces sea demasiado tarde.

—¿Usted cree, entonces, que Cap Boyd conoce el lugar donde ella se encuentra?

Kane se mantuvo un rato inmóvil. Luego meneó la cabeza de arriba abajo.

—Sí, creo que sí —murmuró con voz grave.

Marcia se puso en pie.

—¡No lo puedo creer…! ¡Tiene que haber algún modo de adelantarse a ese criminal!

—Es lo que estoy intentando, pero ya lo ve, él ha iniciado ya su venganza… Tampoco nosotros sabíamos dónde había ido a parar Caryl Ribot, pero Cap sí y fue allá, a Anderson, al primer sitio que se dirigió después de su fuga:

Marcia dio unos pasos por el *living* apretándose las manos. De repente, se detuvo y giró hacia Kane.

—¿Cómo no le detuvieron después del asesinato si lo cometió a plena luz del día…? ¡Lo vieron varias personas en el pueblo! Iba acompañado por una mu je rubia.

—Eso no lo dice el diario.

—¿Qué es lo que no dice?

—Cap Boyd ha preparado bien su *tournée*. El asesinato de Caryl Ribot fue descubierto doce minutos después de haber sido perpetrado. Se dio aviso a la policía y antes de media hora conocieron las características de la persona que habían de detener. No solamente sabían quién era el criminal, sino, como usted ha dicho, tenían una descripción de su acompañante, una llamativa

rubia y del coche que tripulaba. —Kane hizo un gesto negativo con la cabeza—. No, no pudieron detener a nadie. A no ser que se considere como buen botín un coche abandonado. Todas las demás investigaciones resultaron infructuosas a pesar del celo que la policía puso en su trabajo. ¿Por qué, señorita Stowe? Yo se lo diré. Cap Boyd y su rabia utilizaron otro medio de escape. Quizá un camión de gran tonelaje, quizá un helicóptero o es posible que les bastase con un simple disfraz. Todo es posible tratándose de Cap Boyd. El mismo se consideró siempre como un genio y ahora tiene una buena oportunidad para demostrar hasta dónde alcanzan sus posibilidades.

Marcia ocupó de nuevo el sillón y apretóse las sienes con la mano.

—Me niego a creer que pueda existir un hombre tan despiadado. Él amó a mi hermana. La quiso con locura. Estaba dispuesto a casarse con ella.

—Pero, a su manera, Ruth lo traicionó. Eso es lo único que cuenta para Boyd. El no da ocasión a que sus pensamientos sean discutidos. No puede equivocarse, es infalible.

Marcia descubrió su rostro preocupado.

—Debe usted hacer algo, teniente… ¡Hágalo si es que ella significó algo para usted!

Los músculos faciales de Kane se atirantaron.

—Empecé a intentarlo… antes de que usted decidiese venir.

Ella no pudo resistir la mirada que él le dirigía y bajó los ojos al suelo.

—Discúlpeme —murmuró.

Kane se acercó otra vez al rincón y se preparó un *whisky*.

—Creo que yo tomaré otro —solicitó Marcia.

Bebieron en silencio y luego él dijo:

—Empecemos por el principio. Quiero saber las últimas noticias que recibió usted de Ruth.

—Fue el día que condenaron a Cap Boyd. Mi madre recibió una carta. Era de ella. Se despedía de nosotras. Sólo decía que no podía resistir viviendo en la misma ciudad. Suplicaba a mi madre que la perdonase, y le juraba había ignorado siempre que Cap Boyd fuese un jefe de *gangsters* hasta que usted se lo dijo.

Kane caminó hacia la ventana y miró a la calle. Había cerrado la

noche y los focos arrojaban sus temblorosas luces sobre el pavimento, acharolado después de la lluvia recientemente caída. A su espalda siguió escuchando la voz de Marcia:

—No indicaba el lugar donde se dirigía y eso fue todo. Mi madre mantuvo la esperanza de que algún día ella regresase y hasta la hora de su muerte, dos años más tarde, no la perdió.

Sobrevino un largo y penoso silencio.

Kane se volvió preguntando:

—¿Y las amigas de Ruth? ¿Ha indagado usted en ese sentido?

—Nunca tuvo amistad íntima con ninguna muchacha, pero de todas formas preguntamos a las que, de un modo u otro, se relacionaban con ella. Desgraciadamente, por ese camino, tampoco encontramos nada.

—¿Algún familiar?

—Sólo tenemos parientes por parte de mi madre, pero ni siquiera ellos han sabido nada de Ruth.

Kane se sentó frente a Marcia y pellizcóse pensativo el lóbulo de la oreja izquierda.

—Hemos de hallar algo y ha de ser muy aprisa.

—¿Por qué no va a Anderson, teniente, el pueblo donde han asesinado a Caryl Ribot?

—No serviría de nada.

—¿No podría encontrar una pista?

—No. Eso es imposible. Anderson pertenece al Estado de Oregon. Ya hace más de veinticuatro horas que Cap Boyd mató a Caryl Ribot. ¿Dónde cree que él puede estar ahora? Le aseguro que en el lugar más inesperado. Es posible que esté en Nueva York o en Chicago, en cualquier pueblo desconocido de Nuevo México, o quizá aquí mismo, en esta ciudad… Es lo que él deseaba, que se le considerase omnipresente… Añada usted a ello la infalibilidad y tendrá un buen boceto de la clase de tipo que es Cap Boyd. De pronto, el teléfono se puso a repiquetear. Kane acercó el auricular al oído:

—Diga.

—¿Kane?

El teniente se estremeció al reconocer la voz de Franckie.

—El mismo, muchacho. Habla.

—Llevo un día y medio trabajando en su asunto, teniente. Le

aseguro que jamás he dado tantas vueltas. Me he gastado un dineral…, exactamente treinta y nueve dólares. A propósito, ¿quién corre con los gastos?

Kane sintió deseos de mandarlo al diablo.

—¡Yo, naturalmente! —gritó—. ¡Y suelta el grifo de una vez!

—¿Ha leído lo de Caryl Ribot?

—¡Claro que lo he leído! ¿Es que me vas a dar las noticias de los diarios?

—Está bien, teniente, no se ponga así. —Franckie hizo una pausa—. No hay nada, teniente.

—¿Cómo?

—Lo que le digo. Esas dos mujeres, Dora Madden y Ruth Stowe están fuera de la circulación.

—¡Y un cuerno! ¡Tú tienes que hacer algo, Franckie! ¡Debieras saber ya su paradero! —Cuando yo inicié esto también pensé que sería fácil, pero ahora veo que resulta imposible.

Kane se sintió por primera vez realmente decepcionado. Había depositado toda su confianza en Franckie, de quien conocía su ambientación en el mundo de los bajos fondos, y ahora resultaba que sus esfuerzos resultaban también baldíos.

—Oiga, teniente…

—Dime, Franckie… —murmuró Kane con voz cansada.

—Le puedo proporcionar un dato como compensación.

—¿Qué es ello?

—He visto a Morris, a Barney Morris.

Kane sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—¿En la ciudad, Franckie?

—Sí, teniente. No hace siquiera media hora. Me invitó a un *whisky*.

—¿Qué le sacaste?

—Absolutamente nada que le interese a usted. Lo intenté, pero o no sabe nada, o el tipo es demasiado listo. Le hablé de la fuga de Cap Boyd, pero él prefirió hablar de una fulana con la que estaba citado esta noche.

—¿Sabes dónde se aloja?

—¿Quién sabe eso, teniente? Nadie. Morris siempre ha sido un tipo desconfiado.

—¿Por qué infiernos no lo has seguido?

—¿Qué es lo que pretende usted, teniente? Si Morris sospecha algo de mí, me corta a rebanadas.

Kane se pasó la mano libre por la cabeza, alborotándose el cabello, en un gesto de impaciencia.

—¡Podía ser nuestra oportunidad!

—Así lo entendí yo también y… bueno, me enteré del lugar de la cita con la fulana.

—¡Maldita sea! ¡Suéltalo ya!

Oyó cómo Franckie chasqueaba la lengua.

—Oiga, teniente, supongo que si le doy ese dato acabará mi negocio con usted.

—De acuerdo. Será asunto concluido.

—¿Y podré marcharme tranquilamente con mi chica a Nueva York?

—¡A Nueva York o al mismo infierno…! ¿Dónde es?

—Bar La Moneda de Plata. Es lo que él dijo, pero si fue una fanfarronada suya, no me lo tenga en cuenta, teniente.

—Gracias, Franckie.

—Era a las diez y media.

Kane consultó su reloj. Las saetas señalaban las diez y veinte minutos. Iba a colgar cuando le llegó la voz de Franckie que gritaba:

—¡Eh, oiga, teniente! ¡Los treinta y nueve dólares…!

Pero ya no oyó nada más porque dejó el auricular en la horquilla. Quedóse mirando a Marcia y dijo:

—Tengo que salir ahora mismo. Será mejor que se marche a casa.

—¿Alguna pista? —preguntó i a joven con voz emocionada.

—Será sólo un disparo al azar, un palo a ciegas…, pero lo voy a intentar.

Marcia se levantó y replicó con voz firme:

—Iré con usted.

—No se lo consentiré.

—Tengo derecho… Ella es mi hermana.

Kane hizo una mueca de contrariedad y finalmente dijo, al tiempo que alargaba una mano y la tomaba del brazo:

—Está bien, pero dese prisa. Es cuestión de segundos que lleguemos tarde.

—He traído mi coche —dijo Marcia mientras se dirigían hacia la puerta.

Unos minutos después el coche, de la joven, un «Ford» modelo 53, corría por las calles conducido hábilmente por Ernest Kane.

Cuando llegaron a su destino, Kane convenció a Marcia para que lo esperase en el automóvil.

El teniente entró en el bar La Moneda de Plata, pero no vio a Barney Morris entre los clientes. Pensó contrariado en la posibilidad de que el *gángster* se hubiese marchado ya. Pasaban seis minutos de las diez y treinta.

Pidió un *whisky* en, el mostrador para interrogar al mozo que lo sirviera. Pero en eso vio a un camarero que se internaba por un corredor con una bandeja en la mano, sobre la que descansaba una botella y varios vasos.

Bebió el *whisky*. El criado regresó y entonces Kane pagó su consumición y le salió al encuentro.

Era un muchacho de unos veintidós o veintitrés años.

—¿Dónde está Morris? —preguntóle a boca de jarro.

El empleado le miró de pies a cabeza y retrucó:

—¿Quién le busca?

Kane levantó la solapa de la chaqueta enseñando la chapa.

El mozo hizo un gesto como si le acabasen de poner una sardina podrida bajo la nariz.

—No está. Se marchó —fue su respuesta.

—Sé que está aquí. Llévame hasta él o te la ganas, pollo.

El muchacho se miró las uñas con indolencia mientras bostezaba.

—Creo que viene aquí engañado, «poli».

Kane descargó su pie derecho sobre el de su interlocutor, quien lanzó una exclamación de dolor mientras enrojecía el rostro.

—¡Maldito sea!

Unos cuantos clientes volvieron las cabezas hacía el lugar donde se desarrollaba la escena.

Kane alargó el brazo y cogió al mozo por el cuello de la camisa. Cerró el otro puño amenazadoramente.

—¿Dónde está? —repitió su pregunta.

El joven hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Tercera puerta del corredor… ¡Vaya y que el infierno se lo

lleve!

Kane le soltó propinándole un empujón y caminó rápidamente por el corredor.

Abrió de un tirón la puerta que le habían señalado y se coló en el reservado.

Barney Morris estaba besando a una pelirroja y volvió la cabeza repentinamente. Sus ojos echaron chispas de indignación y al reconocer al teniente su ira subió de grado.

Kane se le quedó mirando. No había cambiado mucho el bueno de Morris. Sus ojos mongólicos, la nariz achatada y el hocico saliente, mostraban a las claras la clase de tipo que era. Un asesino a sueldo. La pelirroja aparentaba frisar en los treinta años, pero, probablemente, debía tener muchos menos. La vida la había castigado duramente o quizá fuese ella la culpable de aquellas prematuras arrugas junto a los ojos.

Barney torció la boca y escupió:

—También los polizontes tienen la obligación de llamar a las puertas, teniente.

—Lo tendré en cuenta para otra vez —respondió Kane.

Morris clavó sus pupilas en las del policía con ironía.

Kane sacó el paquete de cigarrillos y encendió. Mientras exhalaba el humo dijo:

—Pareces estar muy enterado de los planes de Caí Boyd, muchacho.

—Aprendí a leer hace unos cuantos años, teniente. A pesar de que a usted le parezca imposible, me gusta echar una ojeada a los diarios para saber lo que se avecina.

Kane sacudió la cabeza, alcanzó una silla, y se sentó a horcajadas. Dio unas cuantas chupadas al cigarrillo y luego preguntó:

—¿Dónde está él ahora, Morris?

—¿A quién se refiere? ¿Al pato Donald?

—Tú eres un gran tipo, ¿eh, Barney? Sabes guardar un secreto… El jefe debe estar orgulloso de ti.

Barney echó el torso adelante y sonrió mostrando los dientes sin decir nada.

Kane contuvo sus deseos de pegarle, pero se rascó una mejilla y dijo:

—A mí no me la pegas, Barney. Tú tampoco sabes dónde está Cap Boyd en este momento… Pero apuesto a que conoces los lugares donde hará escala.

Barney Morris siguió sin contestar, esgrimiendo la misma provocativa sonrisa.

Kane respiró hondo y continuó:

—Supongo que primero será Dora Madden, luego irá Ruth Stowe y, por último, yo cerraré la lista.

Tampoco hubo respuesta.

—Te explicaré cómo veo yo las cosas, Barney. Vosotros hicisteis el trabajo preparatorio y confieso que habéis sido unos buenos peones. Cap Boyd pensó la evasión, y sus muchachos llevaron a la práctica el plan, es decir, el soborno, la elección de los medios necesarios para que la fuga resultase con éxito, y sobre todo, si descubrimiento del paradero de las futuras víctimas. Apuesto a que os ha costado mucho, pero al final lo conseguisteis. La gente se extraña de que una organización criminal supere a veces a la policía en sus trabajos de investigación. No se dan cuenta de que nosotros nos tenemos que ocupar permanentemente de muchos asuntos y de que cuando un hombre resulta condenado, su caso se cierra. El fulano en cuestión se encuentra entre los muros de una cárcel y las hipotéticas secuelas de su vida privada no afectan al Departamento. Es lo que ocurrió con las desapariciones de las personas que tuvieron que ver con Cap Boyd. Caryl Ribot y Dora Madden pensaron que, tarde o temprano, Cap Boyd llevaría a la práctica su amenaza y se evaporaron. Ruth Stowe también hizo lo mismo, pero no fue el hiedo lo que la impulsó. Tuvo en cuenta otras razones… Ignoraban que cuando vosotros os pusisteis a trabajar no existiría escondite bueno para ellos en ningún lugar del mundo.

—Fue un bonito discurso —dijo Morris—. Le felicito, teniente. Y ahora, ¿quiere dejarnos en paz? Mi chica y yo acostumbramos a elegir nuestros amigos.

Kane cogió el cigarrillo de entre los labios, lo tiró al suelo y lo aplastó con el tacón de zapato. Luego levantó la mirada depositándola en el rostro de Barney.

—Quiero saber dónde se encuentran Dora Madden y Ruth Stowe.

Barney se volvió hacia la pelirroja y sonriente dijo:

—¿Has oído eso, nena? Este tipo se ha creído que yo tengo una bola de cristal —miró otra vez a Kane—. Yo le diré lo que le pasa, teniente, está demasiado asustado.

—¡Las direcciones, Morris!

—¡Vaya al diablo!

Kane pegó con el revés de la mano en la cara de Morris.

Barney lanzó un grito ahogado y corrió la mano hacia la parte interior de la chaqueta.

Kane vio la negra pistola que su rival intentaba sacar y, poniéndose en pie, le golpeó con el filo de la diestra en el cuello.

Barney volvió la cabeza respirando entre jadeos. Kane se confió y entonces Morris se levantó de repente pegando un cabezazo en el pómulo del policía.

La pelirroja lanzó un chillido y corrió hacia el rincón más alejado para mantenerse alejada de la lucha.

Barney propinó un rodillazo al bajo vientre de Kane. Éste hizo una mueca de dolor mientras se arrugaba.

Luego Barney metió la mano en el bolsillo y sacó una porra de caucho, mientras su rostro era surcado por una mueca de ferocidad.

Levantó la matraca por encima de su hombro mientras sujetaba a Kane fuertemente por el cabello. Erny alargó la mano, cogió un pedazo de carne del estómago de Barney y lo retorció con fuerza.

Morris abrió la boca y se estremeció como si le hubiesen puesto en contacto con una corriente eléctrica.

Luego, Kane puso en marcha su izquierda. Golpeó con todas sus fuerzas el hígado del matón, quien se desplomó estrellando una rodilla en el suelo.

No le concedió tregua, le golpeó con las dos manos en la cara, y cuando caía hacia atrás le colocó un trallazo en la mandíbula.

Barney se quedó boca abajo resoplando como una locomotora mientras Kane le miraba con las fauces abiertas, restañando la sangre de la herida que Morris le había producido en el pómulo con la cabeza.

Se agachó sobre él y le despojó de la matraca y la pistola. Guardó las armas en el bolsillo y le ayudó a levantarse.

Morris tenía un ojo negro y la sangre le corría por las narices y por la boca.

—¡Maldito sea, teniente…! ¡Esto lo va a pagar caro!

—¡Basta ya de amenazas, Barney, o te juro que te mando al hospital por una temporada!

—No podrá hacerlo.

Kane le atizó otra vez con la derecha en el estómago, y cuando se arrugaba, le levantó la cabeza con un gancho corto.

Barney lanzó un aullido y quiso dejarse caer, pero Kane le sostuvo.

—Podemos seguir —dijo el teniente—, y apuesto que tú te cansas antes que yo.

Morris escupió saliva y sangre y replicó:

—No sé nada de eso qué usted quiere.

—Sí, Barney. Lo sabes.

—¡Ignoro todo! ¡No tengo que ver con Cap Boyd…! ¡Lléveme a la comisaría! ¡Quiero hablar con mi abogado…! ¡Tendrá que responder por esto…! Usted debería ser expulsado del Cuerpo, teniente. No puede tratar así a las personas.

—¿De qué personas hablas, Barney…? ¿De ti…? Tú eres una bestia, Barney, no un ser humano. ¿Cuál es tu «récord»? ¿Cinco asesinatos? ¿Ocho…? ¿Cuántos, Barney? Estás muy acostumbrado a utilizar tu flamante abogado. Es estupendo eso de que la justicia exija pruebas para condenar a un hombre…, ¿verdad, Barney? Y para vosotros nunca hay pruebas. —Los ojos de Kane brillaban enfurecidos—. Pero ahora no estamos en una sala de justicia. Estamos en un reservado, mano a mano. Tú y yo, y voy a molerte a golpes por tus cinco, por tus ocho víctimas, si no abres el grifo.

Barney tragó saliva. Su cuerpo transpiraba sudor y había empapado ya la camisa.

Gruesas gotas le caían por las arrugas de las mejillas, por detrás de las orejas…

—Estás agotando mi paciencia, Barney. Decídete de una vez.

—Conozco una dirección —rezongó al fin Morris.

—¿Sí? ¿Cuál?

—La de Dora Madden. Pero usted ya no puede hacer nada. A estas horas, él debe haber hecho el trabajo.

—¿Dónde es?

—En Kimberly, Idaho.

—¿Qué nombre usa ahora ella?

—Linda Brady.

—¿Es que te crees que te lo voy a sacar todo a preguntas? —Kane le soltó una bofetada—. ¿A qué se dedica? ¿Dónde vive?

—Calle Mayor, número ocho. Tiene un negocio de lencería… Pero ya le estoy diciendo que no sirve de nada.

—Dime ahora la dirección de Ruth Stowe.

—No la sé.

Los dedos de la mano derecha de Kane corrieron hasta el cuello de Barney y allí apretaron con fuerza.

—¡Dímelo, Barney!

El rostro de Morris se tornó lívido.

—¡Le juro que no la sé! —dijo con voz rasposa—. A cada uno nos encargó un trabajo, yo tampoco sabía dónde estaba Ribot. Me ocupé solamente de Dora Madden… Lo único que hice en el asunto de Ribot es proporcionarle a la rubia que le acompañaba, pero ella no sabía que él iba a matar, pensó que sólo le ayudaría en la fuga…

—¿Quién es el que investigó lo de Ruth Stowe?

—Me está ahogando, afloje la mano.

Kane disminuyó la presión de sus dedos y dejó que el matón respirara. Luego Barney, convertido en un guiñapo, dijo:

—Le juro que no sé quién se ocupa de eso… Ya conoce a Cap Boyd. Nos designó un trabajo y conforme a su costumbre, cada uno de sus colaboradores desconoce lo que hacen los demás.

Kane retrocedió un paso.

—Vas a venir conmigo, Morris. Echa a andar.

—¿Por qué?

—Complicidad en la fuga de Cap Boyd y complicidad en el asesinato de Caryl Ribot.

Barney hizo un gesto inexpresivo.

—¿Yo? ¡Usted está loco, teniente!

—Vamos, empieza a andar.

Barney hizo una mueca de rabia y después de echar una mirada a la pelirroja que continuaba en el rincón, salió del reservado, seguido por el teniente.

2

—¿Ha dicho siete dólares, señora Brady? —preguntó la esposa del

juez Lewis abriendo el bolso para pagar el encaje que acababa de adquirir.

—Son siete noventa y cinco —contestó Dora Madden, la primera mujer de Cap Boyd—. Le he puesto también en el paquete los botones que me pidió por teléfono.

—Oh, sí, muchas gracias. Qué memoria la mía —cloqueó la señora del juez.

Dora Madden quedó sola en su negocio. Consultó el reloj de pulsera. Pasaba con exceso la hora del cierre. Estaba muy cansada aquel día. Las últimas noticias le habían producido una crisis nerviosa. Había tomado un sedante y en un principio se sintió mejor, pero ahora, cuando la oscuridad se empezaba a apoderar de Kimberly, reanudó su intranquilidad. Después de leer la noticia de la muerte de Caryl Ribot, pensó llamar a la policía para confesar su verdadera identidad. Pero luego abandonó la idea. Cap Boyd la dejaría en paz. Era cierto que su amenaza no había ido dirigida únicamente contra Ribot. En ella habían quedado incluidos cuatro hombres, pero ¿qué había hecho ella después de todo? Simplemente testimoniar sobre algunos hechos que conocía acerca de Cap, sucesos que Sabía presenciado en su calidad de esposa. Se presentó al tribunal cegada por los celos, la ira. Cap se había divorciado de ella y el único motivo para dar ese paso estaba en que él quería a otra mujer, a Ruth Stowe. Cap Boyd hubiese sido condenado de todas formas, sin necesidad de su declaración acerca de los negocios sucios a que él se dedicaba, drogas, trata de blancas… Había sido Kane, aquel teniente de la Brigada de Homicidios quien realmente, por sí mismo, logró que Cap Boyd fuese enviado a la cárcel. Kane detuvo a uno de los compinches de Boyd, cuando acababa de cometer un asesinato… Hizo cantar al matón, y éste declaró que había cometido el crimen por mandato de su jefe, Cap Boyd.

Ahora las escenas de lo ocurrido pasaban por la mente de Dora Madden como si formasen parte de un film.

Cap Boyd pagaba a policías para que le tuviesen al corriente y recibió el soplo de que iba a ser detenido. Trató de huir y quiso que Ruth Stowe le acompañase. Kane intuyó cuál sería el plan de Cap Boyd y se dirigió al apartamento de Ruth. Ella estaba empaquetando sus cosas, cuando él llegó. El teniente también estaba enamorado de la joven y sabía que ella desconocía la clase

de negocios a que se dedicaba Boyd, pero no la podía dejar marchar ignorándolo y le contó la verdad.

Cap Boyd había quedado citado con Ruth en un lugar convenido y entonces la joven dio la dirección al teniente Kane y de esta forma fue como la Brigada de Homicidios, personificada en Kane, pudo echar el guante a Cap Boyd.

No, ella no tenía nada que ver con la condena. Caryl Ribot había sido muerto por Cap, pero las razones que hubieran impulsado a éste se debían encontrar en que Ribot trató de adueñarse del mando del negocio cuando Cap fue puesto entre rejas. Además, ¿no estaba segura allí en Kimberly? ¡Santo cielo si era un pueblucho que no tenía más que tres mil habitantes…! Una aldea perdida en la montaña, que en invierno quedaba bloqueada por la nieve. Había elegido un buen refugio. Sería contraproducente que ella llamase en su auxilio a la policía. Conocía la forma en que trabajaban los de la «bofia». Inmediatamente, pasarían la noticia a los periódicos y sería entonces cuando correría peligro. Cap Boyd sabría dónde encontrarla y le bastaría mover un solo dedo para que una docena de hombres se desplazasen a Kimberly para matarla.

Sí, había hecho bien.

Bueno, ¿por qué no cerraba ya? Subiría a la vivienda del piso alto, se calentaría un poco de café y se acostaría. No sentía apetito, pero al día siguiente todo marcharía mucho mejor. Ahora estaba afectada por la fuga de Cap Boyd y la muerte de Caryl Ribot.

Cerró el establecimiento con pestillo, pero no bajó la puerta metálica. A última hora acudía siempre alguien que se había olvidado alguna cosa. Pero ello tenía en la puerta exterior un timbre que conectaba con la vivienda.

Subió por la escalera de madera y, una vez arriba, encendió la luz del *living* y apagó las de la tienda. Separó las gruesas cortinas de terciopelo y se dirigió a la cocina. Dejó el café en el hornillo eléctrico y mientras se calentaba decidió poner la radio, para lo que regresó al *living*. El aparato estaba sintonizado permanentemente con la estación de Boise. Volvió a la cocina y se preparó la taza de café. Sentóse junto a la radio, y bebió a pequeñas dosis.

Un locutor empezó a hablar dando noticias sobre política internacional.

Dora inclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón y empezó a

adormecerse.

De pronto el nombre de Cap Boyd hizo impacto en su mente.

Se irguió sobrecogida, las manos cerradas a los brazos del sillón, escuchando:

«La fuga del tristemente famoso Cap Boyd se ha convertido en una pesadilla nacional. Como ustedes saben, hace treinta y seis horas asesinó en Anderson, Oregon, a su antiguo socio, Caryl Ribot. El país entero se pregunta en este momento si Cap Boyd llevará totalmente a cabo su amenaza. Si la respuesta fuese afirmativa, en ella quedan encartadas otras tres personas. Dora Madden, su primera mujer, Ruth Stowe, la joven de la que estaba enamorado y el teniente de la Brigada de Homicidios Ernest Kane, quien lo detuvo cuando se disponía a escapar. En esta historia existen aspectos de un hondo dramatismo, sí tenemos en cuenta que Cap Boyd y Ernest Kane se conocieron de muchachos, que ambos querían a la misma mujer, y que en este instante, a pesar de los esfuerzos de la policía, se ignora cuál puede ser el paradero de Dora Madden y el de la propia Ruth Stowe. La policía ha puesto en marcha, en un verdadero alarde, un fabuloso sistema de publicidad en el que cooperan las emisoras y la Prensa de toda la nación, pero, por increíble que parezca, todos los esfuerzos por encontrar a esas dos mujeres han sido infructuosos. Tan sólo Ernest Kane está al corriente desde el primer día de lo que ocurre, aunque sus superiores le han concedido una licencia para ausentarse del servicio. ¿Dónde se encuentran esas mujeres? ¿Se dan cuenta del inminente peligro que se cierne sobre ellas? ¿Han advertido que una, mente criminal tratará de aprovechar todas las circunstancias favorables para hacer con ellas lo que hizo con Caryl Ribot? En nuestro deseo de colaboración con las autoridades, recomendamos que si alguna de esas personas, posibles víctimas de Cap Boyd, escuchase esta emisión se persone…».

Dora Madden se volvió rápidamente y apagó la radio. Durante tinos segundos oyó su respiración entrecortada y de pronto cubrióse el rostro con las manos y se puso a sollozar.

Permaneció así un rato. Finalmente sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas de los ojos. Quedóse pensativa. ¿Y si aquel locutor tuviese razón? ¿Y si Cap Boyd trataba de cumplir totalmente su amenaza? Miró hacia la mesa donde descansaba el teléfono. Era

bueno aquello de tener teléfono. Estaba muy cerca. Le bastaría con levantarse, dar dos pasos y descolgar el auricular. No era automático, pero sólo tenía que decir a Ana, la telefonista de la centralilla, que la pusiese con la policía para que todo quedase arreglado. Ella había trabado buena amistad con Eustace, el *sheriff* de Kimberly. Era un hombre muy grande, simpático, que le estaba gastando bromas acerca de su belleza desde que la conoció. Incluso se había insinuado varias veces. Sí, él le prestaría toda su ayuda. El mismo querría ser su guardián. Esta de ahora era la mejor idea. Llamaría.

Se puso en pie y dio dos pasos que la separaban del teléfono. Alcanzó el auricular y dio vuelta a la manivela.

—Diga —oyó la voz de Ana.

—Hola, Ana. Aquí la señora Brady.

—Oh, ¿qué tal, señora Brady? Precisamente hace un rato quería llamarla. ¿Recibió ya el encaje de que me habló?

—No, aún no, Ana. Esperaba al viajante el martes pasado, pero no pasó por casa. Seguro que la semana próxima se dejará caer por aquí.

—¿Sabe que he visto el de la maestra? Lo ha traído de Boise y es realmente maravilloso.

—Ya te advertí que yo también lo podría traer en cuarenta y ocho horas. Tú fuiste la que elegiste, Ana. Pero, de todos modos, si has cambiado de opinión, aún es tiempo de rectificar. Puedo anular el pedido.

—Oh, no, señora Brady, creo que el mío también es muy bonito, y quizá mirándolo bien es… usted ya me entiende, más sugestivo que el de la maestra.

—Muy bien, Ana.

—Oh, con mis cosas se me olvidó preguntarle con quién deseaba comunicar.

Dora Madden se mordió el labio inferior. Ahora, después de escuchar la voz de Ana, se encontraba mucho mejor. ¿Qué clase de estupidez iba a cometer? ¡Santo cielo! Había estado a punto de echar por tierra su reputación. Todas las personas del pueblo sentían por ella un gran respeto rayano en la veneración. Se había acostumbrado a aquella clase de vida, sencilla, apacible. ¿Y qué ocurriría cuando se enterasen de que la Lina Brady que ellos

conocían era Dora Madden, la ex mujer de un *gángster*, de un asesino? En cuestión de horas sacarían a relucir su pasado. Había sido una *girl* o algo peor que eso, una artista de burlesco. Cap Boyd la había conocido en una fiesta, cuando él todavía no era el hombre prominente que había llegado a ser después. Se casaron en tres días. Todo fue bien al principio durante los primeros cinco años, pero luego surgió Ruth Stowe y su matrimonio quedó destruido. No, no podía renunciar a aquella vida feliz de Kimberly. Se acabaría casando con el *sheriff* Eustace. Estaba segura de que con él encontraría la felicidad. ¿Y qué pasaría si ella le confesaba su verdadera personalidad?

Be pronto se dio cuenta de que conservaba en la mano el auricular muy bajo y que la voz de Ana era altisonante.

—Oh, Ana, perdona. Tuve que ir a la cocina a retirar una olla del fuego —mintió.

—Caramba, señora Brady, menudo susto me ha dado. Creí que le había ocurrido alguna cosa. Un segundo más y llamo a la oficina del *sheriff*.

¿También ella? Dora Madden sonrió irónicamente.

—¿Con quién quería comunicar, señora Brady? —repitió Ana.

—Bueno, ahora creo que no tiene importancia… Puedo solucionarlo perfectamente. Quería hacerle unas preguntas a la señora Redwar acerca del ajuar de su hija… Gracias, Ana… Hasta mañana.

—Buenas noches, señora Brady.

Dora colgó.

Dio un suspiro y volvió a ocupar el sillón. ¿Qué haría ahora? No tenía sueño. Miró hacia la ventana. Era noche oscura. Vio asomar la punta de una revista por debajo de un almohadón que había sobre una silla. Era un *Cosmopolitan* atrasado. Recordó que había interrumpido una novela de tono amable. Era lo que le convenía. Pasó las páginas y cuando llegó a la novela buscó el punto en que se había detenido y continuó la lectura.

Pasaron quince minutos.

De pronto llegó a sus oídos un extraño crujido. Levantó instantáneamente la mirada hacia las cortinas al tiempo que se estremecía. Procedía de la escalera, ¿o había sido en la tienda? Esperó. Entretanto se mantuvo alerta, pero no ocurrió nada. Estaba

otra vez nerviosa… Eso era lo que le pasaba. Quizá aquel ruido sólo había existido en su mente. Continuó leyendo, pero al cabo de un rato se dio cuenta de que sus ojos habían recorrido media página sin que su cerebro se hubiese enterado de lo que allí se decía. Repitió conscientemente la lectura.

Otro chasquido.

¡Pero ahora lo había oído bien! Y casi podía asegurar que era algo así como… ¡Dios mío, la pisada de un hombre!

¿Qué hacía? ¿Por qué no se levantaba? No podía estarse allí quieta. Le bastaría con abrir la ventana y pedir auxilio. Los Smith vivían abajo, en la otra casa. Acudirían en su socorro.

¡Otra pisada!

¡Alguien estaba subiendo la escalera!

¡Cap Boyd!

Llevóse una mano a la garganta. Tenía las fauces secas. Debía de empezar a gritar enseguida. Si esperaba un segundo más sería fatal para ella. ¡Ahora, Dora, ahora!

Y de repente, sonó un timbrazo fuerte y de su garganta pudo escapar el grito que pugnaba por salir.

Se dio cuenta de que estaba en pie y de que el timbre que había sonado no era el del teléfono sino el que correspondía a la puerta de entrada.

Acababa de llegar un cliente moroso. Lo de todos los días.

Apartó las cortinas con recelo, pero ahora había desaparecido parte de su temor. No quiso mirar la oscuridad de la escalera. Alargó la mano temblorosa hacia el conmutador de la luz y dio la vuelta. La tienda quedó iluminada. Casi estuvo a punto de echarse a reír al comprobar que en la escalera no había nadie. Miró hacia la puerta de cristales. Vio una figura de espaldas. No la reconoció al momento. Estaba muy oscuro fuera. Se mantuvo indecisa.

Y entonces vio que el hombre, sin volver la cara apretaba otra vez el botón de llamada y, a espaldas de ella, el timbre del *living* sonó insistentemente.

Bajó un peldaño y luego otro, lenta, muy lentamente, el ceño fruncido, los ojos fijos en aquella figura oscura.

Se mojó los labios con la lengua.

Tenía un extraño presentimiento. Era como si…

Y de repente, se detuvo abajo porque el hombre había vuelto el

rostro.

Era Sam Ryordan, el leñador. Corrió a abrirle y cuando lo hizo, de buena gana le hubiera abrazado y besado.

—Buenas noches, señora Brady —dijo el leñador, sonriente.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, Sam?

—Pues verá, el caso es que el domingo próximo mi mujer y yo celebramos nuestro quinto aniversario de boda. —Sam, el cabello alborotado, la cara llena de pecas, sonrió mirándose la punta de las botas—. Bueno, señora Brady, el caso es que pensé que usted podría aconsejarme.

—Encantada, Sam —dijo Dora. Gozóse en su interior de poder hacerle un favor al hombre que le devolvía la confianza—. ¿No tienes idea de lo que quieres?

Sam se rasco la pelambrera, las pupilas entrecerradas, y sacudió la cabeza.

—Pues la verdad, no entiendo mucho de esas cosas, señora Brady. Yo creo que si usted lo elige, bien estará.

—He recibido unas combinaciones de nylon. Como más o menos conozco las medidas de tu mujer, te prepararé un bonito paquete para el sábado.

—Estupendo, señora Brady. Sabía que usted me sacaría del apuro. ¿Cuánto le debo?

—Ya me pagarás cuando venga; a recogerlo.

—Muchas gracias, señora Brady. Me voy para casa. Seguro que mi mujer, estará intranquila. Le advertí que regresaría temprano.

—Salúdale de mi parte.

—Descuide, así lo haré, señora Brady.

El leñador se iba a marchar cuando ella recordó algo.

—Oye, Sam, ya que estás aquí, ¿quieres bajar la puerta metálica? Creo que no vendrá nadie.

—Ahora mismo, señora Brady.

Sam alargó los brazos hacia arriba y bajó de un tirón la puerta, que descendió produciendo un horrísono ruido.

Aún oyó su saludo de despedida:

—Adiós, señora Brady.

Dora volvió a echar el pestillo de la puerta interior y subió por la escalera. Todo marchaba de primera. ¿Por qué había sido tan pusilánime?

Una vez arriba apagó otra vez la luz de la tienda y se introdujo en el *living*.

Dio una vuelta sobre sí misma tarareando una canción y de pronto recordó que era una de las que integraban su repertorio cuando ella iba de teatro en teatro por el Medio Oeste.

Soltó una sonora carcajada y dio otras tres vueltas. Al detenerse, los objetos rodaron a su alrededor. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Marearse, eso es lo que necesitaba. Conservaba una botella de *whisky* por la mitad. La había comprado para cuando la visitara el *sheriff*. Bien, ahora había llegado el momento de aprovecharse de su contenido.

Abrió un cajón del mueble sobre el que descansaba la radio. Sacó la botella. Luego alcanzó un vaso de la vitrina y escanció dos dedos de alcohol. Bebió y sintió que el líquido le abrasaba la garganta. Era reconfortante. Bebió otro trago.

Y súbitamente se produjo otra vez el mismo ruido en la escalera.

Quedó con el vaso junto a los labios mirando las cortinas. Sí, había sido una pisada y ahora la segunda fue mucho más rápida. ¡Y hubo una tercera!

Bajó instintivamente los ojos al borde de la cortina que por el espacio más cercano a la escalera aparecía y creyó que la sangre se le helaba en las venas al ver la puntera de un zapato. Era negro, inconfundible.

Y aquel zapato que debía contener un pie, estaba inmóvil, quieto. Y allí permaneció.

Dora apartó el vaso de su boca y diose cuenta de que sus dedos apretaban tanto el cristal que los nudillos le dolían y toda ella se estremecía de la cabeza a los pies.

Lanzó un grito y se arrojó sobre el teléfono, a dos yardas de las cortinas. Dio vuelta a la manivela sollozando, al tiempo que con la otra mano cogía el auricular.

—¡Ana…! ¡Ana…! —Por el hilo solo le liego un silencio de muerte.

Hizo girar de nuevo la manivela.

—¡Por favor, señorita…! ¡La policía…! ¡Póngame con el *sheriff*…!

¡La línea había sido cortada!

Y de pronto se quedó sobrecogida al ver que las cortinas

empezaban a moverse. Llevóse el puño cerrado a la boca y lo mordió con fuerza.

Unos dedos negros cogieron el borde de una de las cortinas y la apartaron a un lado. Una cabeza emergió poco a poco por aquel triángulo oscuro. Unos ojos de mirada maligna chispearon en un rostro surcado por una mueca de crueldad.

Dora Madden retrocedió y el teléfono quedó colgando, con movimiento pendular.

Cap Boyd penetró en la estancia.

—¿Cómo estás, querida?

Dora Madden separó el puño tembloroso de sus labios y balbuceó:

—¿Qué… quieres… Cap?

Cap Boyd sonrió.

—¿Qué es lo que tú crees, nena?

—No sé.

—¿De veras no lo sabes?

—Yo no te hice ningún daño.

—Claro que no.

—Te hubiesen condenado de todas formas.

—Naturalmente. Y por eso tú fuiste a salvarme. A testimoniar en mi favor.

—Estaba celosa… Yo te quería, Cap… Pudimos ser muy felices… Pero aquella mujer…

Ruth Stowe… se interpuso entre nosotros…

—¡No la nombres! —gritó Cap con los ojos cargados de odio.

—Ella fue tu ruina y la mía.

—¿La tuya…? ¿En qué prisión has estado tú, Dora?

—Existen tormentos peores que los de una cárcel.

—Eso sólo lo podéis decir los que no habéis estado en ella.

—Sufrí mucho por ti, Cap.

—¿Sí…? Es una pena.

—Ya ves donde vivo… Éste es un pueblo en el que no te atreverías a permanecer un solo día, Cap…, pero yo llevo aquí cuatro años… He vuelto a encontrarme a mí misma… Soy otra mujer… muy distinta a la que tú conociste.

—Sí, ahora eres Lina Brady, vendedora de lencería —dijo Cap Boyd con voz irónica—. Muy ejemplar.

—Basta que una se conforme con poco. Hasta he encontrado un hombre que me quiere, Cap… Sé que muy pronto me pedirá que sea su esposa…

—Se me parte el corazón, nena.

—El no es ningún joven. Se trata del *sheriff* de la ciudad.

Cap Boyd la miró con las cejas enarcadas y de pronto soltó una risotada. Tomó a quedar serio y dijo:

—Debí figurármelo. Tu regeneración empezó cuando acudiste a aquel tribunal para hundirme más de lo que estaba… Tenía que ser un *sheriff*, uno de la «poli»…

—Sé que mi decisión no te puede afectar. Tú dejaste de quererme hace mucho tiempo, Cap.

El dio un paso hacia ella.

—No he venido aquí por tu amor, querida.

—Tienes mucho dinero, y con él podrás conseguir mujeres hermosas y más jóvenes que yo.

—Seguro que lo haré, nena. Yo también voy a iniciar una nueva vida, pero he de hacer el saldo de la anterior y tú contrajiste una deuda conmigo, encanto. Es a lo que he venido.

A cobrártela.

Dora Madden descubrió por primera vez que él enfundaba sus manos en unos guantes negros.

—¡No, Cap!

Cap Boyd dio otros dos pasos hacia ella, las manos levantadas, acercándolas al frágil cuello femenino.

Ella sollozó otra vez murmurando:

—¡Yo te quise, Cap…! ¡Te quise mucho!

Las manos fuertes del asesino rodearon la garganta de Dora y apretaron.

Ella fue a lanzar un grito con todas sus fuerzas, pero de sus labios sólo brotó una mezcla de sonidos guturales y Cap Boyd, con la boca entreabierta, la mandíbula inferior proyectada hacia adelante, los ojos desencajados, continuó apretando. Y Dora Madden, poco a poco, se sumergió en un mundo de tinieblas.

CAPÍTULO V

El *sheriff* Kimberly, Eustace Reynolds, soltó una imprecación y miró a Ernest Kane.

—Sí, teniente. Quisiera tener por unos minutos tan sólo a ese tipo entre mis manos… Lo iba a convertir en pulpa. Inmediatamente que recibí el aviso de usted intenté telefonear a la señora…, bueno, a Dora Madden, y cuando me di cuenta de que habían cortado el hilo salí disparado para allá… Al ver la puerta del negocio medio bajada supe que era demasiado tarde… ¡Maldita sea!

El *sheriff* se apretó las sienes con las manos y lo hizo tan fuerte que sus nudillos adquirieron un color lechoso.

Kane dio irnos pasos por la estancia y se detuvo junto a la ventana observando a Marcia Stowe, que esperaba en el coche.

Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Entonces volvióse arrojando una bocanada de humo y preguntó:

—¿Conocía bien a Dora Madden, *sheriff*?

Reynolds apartó las manos del rostro.

—¿Que si la conocía…? Era algo más que eso, teniente… Estaba dispuesto a casarme con ella.

—Lo siento.

—Era una buena chica, sea cual fuere su pasado. Palabra que ha sido un golpe para mí… Me parece increíble que eso le haya podido ocurrir a ella… Morir de esa forma, estrangulada…

—Lo que le voy a preguntar es muy importante.

—Está bien, pregunté.

—¿Qué le contó Dora Madden acerca de su vida?

—Cuando intimamos un poco, me dijo que había estado casada y que su marido terminó por enamorarse de otra. El tipo la indemnizó y ella, decepcionada, buscó un refugio en un lugar

tranquilo. Sonaba un poco a historia, pero yo no tenía ningún derecho a dudar de ella.

Kane sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Perdone si con mis palabras hiero su susceptibilidad, *sheriff*, pero quisiera saber si usted vigiló sus amistades.

—Un enamorado siempre lo hace, ¿no es así? Ya sé que resulta ridículo a mis cuarenta y cinco años, pero le aseguro que durante algún tiempo me he sentido como un muchacho. —Hizo una pausa —. Sí, vigilé las amistades de Dora Madden. A pesar de que ella pasaba de los treinta años, seguía siendo una mujer atractiva. Empecé a sentir temor porque otro tipo de aquí le echase el ojo. Usted ya me entiende.

Kane ocupó la silla que había frente a la que se sentaba el *sheriff*, la mesa en medio.

Eustace Reynolds se pasó el dorso de la mano por la boca y prosiguió:

—Nunca noté que ella dedicase especial atención a un supuesto rival. Pero cierta vez ocurrió algo inesperado.

El teniente enarcó las cejas.

—¿Qué fue ello?

—Fue una mañana, hace de eso ocho meses, cuando hacía mi primera ronda por la calle principal de la ciudad. Es mi costumbre, me doy una vuelta sobre las nueve treinta de la mañana para cerciorarme de que todo marcha bien. Quedé sorprendido al ver que el negocio de la señora Brady continuaba cerrado. Abría siempre a las ocho treinta. Pensé que podría estar enferma y pulsé el timbre de la puerta. Repetí la llamada un par de veces y al fin se abrió la ventana superior, la que da a la calle. Ella se cubría con un batín, y por el escote pude ver que llevaba debajo uno de esos chismes de nylon que se ponen las mujeres para dormir. Le pregunté si no se encontraba bien, y ella, tras vacilar un poco me dijo que, efectivamente, era eso. Le dolía un poco la cabeza. Me ofrecí para avisar al doctor Truman, pero Lina dijo que enseguida se le pasaría, que no era necesario que lo hiciera. Y entonces ocurrió lo inesperado.

Reynolds hizo una pausa mientras hinchaba los pulmones de aire.

—¿Qué fue? —preguntó Kane con interés.

—Oí un ruido detrás de ella.

—¿No lo pudo hacer Dora Madden?

—Tengo buen oído. El ruido procedía de un lugar demasiado lejos de ella, a sus espaldas. Además no hubo lugar a dudas, porque se dio cuenta de que yo lo había escuchado y enrojeció. Sus ojos miraron de soslayo y casi estuvo a punto de volverse. Pensé _ en aquel momento que podía ser algún animal doméstico, pero recordé que ella no tenía ninguno. Me dio las gracias y se metió dentro cerrando la ventana. Me marché de allí como si estuviese borracho. Usted ya sabe lo que son estas cosas, uno piensa en lo peor. Ella había pasado la noche con un hombre. Para mí no existía ninguna duda de ello, y él continuaba en su habitación. Estuve tentado varias veces de volverme para entrar por la fuerza, echando la puerta abajo, pero logré serenar mis nervios.

El *sheriff* se interrumpió para abrir un cajón del que sacó una pipa y una caja de tabaco. Mientras llenaba la cazoleta prosiguió:

—Pensé que tenía que ser un hombre de Kimberly, ¿pero quién? Como ya le he dicho antes, yo estaba seguro de que ella no se había sentido atraída por cualquiera del lugar. Pasé revista de todas formas a los conocidos, pero los fui rechazando uno a uno. Entonces admití que pudiese haber venido de fuera y eso era algo que a mí me resulta fácil investigar. En principio pensé que podía ser su ex esposo. No, es el primer caso de matrimonios que después de divorciarse hacen las paces. Ordené a mi ayudante que se informase de las personas que se hubiesen dejado caer por el pueblo durante la tarde y la noche anteriores. Había cuatro sujetos, pero todos ellos eran conocidos por mí. Viajantes que visitan Kimberly regularmente. Ninguno de ellos era un candidato admisible para que hubiese conseguido el amor de la señora Brady. Seguí buscando y, finalmente, encontré la solución. Ocurrió cuando interrogué a Tommy Lane, un tipo que tiene un coche con el que hace un viaje todos los días a Boise. Transporta huevos, ¿sabe? La noche anterior había traído de Boise un viajero, exactamente, una mujer.

Al llegar a este punto, Ernest Kane, atirantó los músculos de la cara y sus ojos se convirtieron en dos grietas.

—¿Qué hizo usted?

—Naturalmente, le pedí la descripción de la muchacha. Veintitrés años, morena, muy bonita, esbelta. Un verdadero cromo.

Tenía un lunar junto a la comisura de la boca, a la izquierda.

Kane mordióse el labio inferior y cerró los puños sobre la mesa, porque el *sheriff* de Kimberly, Eustace Reynolds, estaba describiendo a Ruth Stowe.

—Pegué un buen suspiro —dijo el representante de la ley—. Y ya no me preocupé por nada.

—¿Vio usted a esa joven?

—No; di unas cuantas vueltas aquel día por la calle, pero el negocio de Dora Madden se mantuvo cerrado. Por la tarde la llamé por teléfono preguntando por su salud. Me dijo que estaba mejor, pero que había decidido no abrir por el resto de la jornada. Efectivamente, amaneció otro día y el negocio fue abierto. Hablé con Dora y se mostró de tan buen humor como siempre. Por la tarde, cuando regresó Tommy Lane de Boise, hablé de nuevo con él. Aquella mañana muy temprano se había marchado de la ciudad con su viajera.

Kane se levantó de la silla y, apoyando las palmas de la mano en la mesa, dijo:

—*Sheriff*, hemos de encontrar a esa mujer. Era Ruth Stowe.

Reynolds agrandó los ojos.

—¡Cielos! —exclamó.

—Dice usted que eso ocurrió hace ocho meses. Quiero el día exacto.

El *sheriff* se frotó la barba, a la que hacía falta un rasurado, y después de vacilar unos instantes se puso a consultar un dietario que había encima de la mesa. Pasó un gran montón de hojas y, finalmente, señaló una de ellas.

—Fue el veintitrés de febrero. Estoy seguro. El día anterior detuvimos a un vagabundo que había robado un par de gallinas del corral del señor Simpson. Puede verlo aquí apuntado.

—¿Dónde está ahora Tommy Lane?

—En Boise. No vendrá hasta el anochecer.

—Iré allá con el coche. ¿Dónde lo podré encontrar?

—Si se marcha ahora mismo, puede llegar a mediodía. Tommy acostumbra a comer en un restaurante barato, en El Gallo Rojo. Mide un metro sesenta, es delgado y tiene las orejas arrepolladas. Pronuncia la ese con un ligero silbido.

—Gracias, *sheriff*, pero si, entretanto, usted puede hacer algo,

llame a la policía de Boise, y me hará un gran favor. Dé la descripción de la chica y la fecha en que pasó por aquella ciudad.

—Descuide, teniente.

—Estaré en contacto con usted —dijo Kane, y salió del despacho.

Se puso al volante, junto a Marcia, e hizo arrancar el coche a toda velocidad.

La joven se percató de que algo inesperado estaba ocurriendo. Miró a Kane con las cejas fruncidas y los labios entreabiertos, esperando una respuesta a su muda pregunta.

El teniente cabeceó en sentido afirmativo.

—Sí, Marcia. Se trata de tu hermana. Estuvo aquí hace ocho meses visitando a Dora Madden.

Marcia permaneció un rato en silencio y luego cerró los ojos y sus labios murmuraron una petición que Kane no pudo escuchar.

A continuación él le contó todo lo que había sabido por boca de Eustace Reynolds.

En Boise entraron juntos a El Gallo Rojo.

De acuerdo con la descripción que el *sheriff* de Kimberly le había dado de Tommy Lane, a Kane le bastó con una mirada para localizar a su hombre en una mesa.

El policía cogió de la mano a Marcia y se acercó a Tommy Lane a quien enseñó su credencial.

Tommy estaba comiendo y se levantó ofreciendo asiento a los jóvenes.

Kane puso a Tommy al corriente de lo ocurrido. El transportista recordó a Ruth Stowe enseguida.

—Oh, sí. Una chica bonita y muy poco habladora. ¿Quiere creerme que no despegó los labios en todo el viaje? La conocí aquí en Boise. Ella estaba buscando a alguien que la llevase a Kimberly. El autobús sólo pasa por la mañana y no quería quedarse a dormir en la ciudad. Se le ocurrió entrar aquí por estas horas haciendo su pregunta, y me ofrecí a llevaría. Quiso pagarme, pero yo no la dejé.

—Está bien, Tommy. Hablemos ahora del viaje de regreso a Boise. ¿Qué pasó?

—Lo mismo que a la ida. No disparó una palabra…

—Concéntrese. ¿Le habló del lugar a que ella se dirigía?

—Se lo pregunté cuando llegamos a la calle Mayor. Dijo que se

iba a Ontario.

—¿Canadá?

—Oh, no. Es un pueblo de Oregon. Está muy cerca de aquí, junto a la frontera. Se puede llegar en una hora yendo en coche. También hay ferrocarril.

—¿No sabe qué propósito tenía al ir allí?

—Esperé que me lo dijese, pero se despidió enseguida. Me obligó a que le aceptase cinco dólares y luego desapareció. Nunca la he vuelto a ver.

—¿Llevaba mucho equipaje?

—Sólo una valija.

Kane hizo una señal a Marcia y se pusieron en pie.

—Gracias, Tommy —dijo Kane—. Nos ha prestado un gran servicio.

—Encantado, teniente. Celebro que le haya podido servir de ayuda —sonrió Tommy—. Estamos para eso.

Kane y Marcia volvieron al coche.

—¿Sería posible que esté en ese pueblo? —preguntó Marcia.

—Quizá —dijo Kane, poniendo en marcha el automóvil.

—No sé si desearlo —opuso Marcia—. Está demasiado cerca de Kimberly, Cap Boyd ha tenido tiempo de llegar allí con toda comodidad y…

—No piense en lo peor, pero de todas formas llamaré a las autoridades. Y también voy a poner en marcha la máquina policíaca de esta ciudad.

Detuvo el coche ante un edificio de cuya fachada sobresalía un letrero en el que con grandes letras se leía: «Comisaría».

Kane entró sólo esta vez y se presentó al jefe de la policía local. Resultó ser un hombre gordo, jovial, de nombre Robert Creek, quien después de ser informado por el teniente, se puso a su entera disposición.

Llamaron a la policía de Ontario dando la descripción de Ruth Stowe e informando del peligro inminente que corría la joven. Al propio tiempo, Kane notificó su inmediata llegada a aquella ciudad.

Cuando el coche corría hacia Ontario, Marcia, tras algunos titubeos, dijo:

—Ahora sé que usted tenía razón.

—No sé a qué se refiere —contestó él sin mirarla.

—Lo sabe perfectamente. Las cosas no sucedieron tal como los periódicos lo contaron en sus crónicas. Usted estaba convencido de que Cap Boyd era un desalmado, y, sin embargo, jamás se lo dijo a Faith. Sólo lo hizo cuando no tuvo más remedio.

—Cállese —murmuró él.

Pero Marcia prosiguió:

—Usted jugó limpio con mi hermana y con Cap Boyd. Quiso quitársela a él por las buenas, sin poner en evidencia a Cap. Pero ella estaba ciega —se produjo un largo silencio—. ¿Continúa enamorado de Ruth, Erny?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre.

Kane no contestó a la pregunta al pronto. Tenía la mirada fija en la carretera por la que el coche corría a una velocidad de sesenta millas por hora.

—No —respondió al fin—. Creo que no.

—¿Es sincero?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Usted dijo que le gustaba la sinceridad, especialmente la de las personas que podían haber estado equivocadas.

—Entonces contestaré otra vez a su pregunta. Ruth es para mí como algo a lo que hubiese renunciado hace mucho tiempo. Me costó trabajo acostumbrarme a la idea en un principio, pero luego el tiempo se encargó de grabarla a fuego en mi mente. Así, ahora todo resulta mucho más fácil.

CAPÍTULO VI

Cuando sor María tenía que caminar junto a sor Juana, la superiora del convento de Nuestro Señor de la Redención, de Ontario, Oregon, tenía por costumbre quedarse ligeramente rezagada para observar dónde sor Juana ponía los pies. Jamás lo hacía sobre los azulejos negros. Siempre pisaba los blancos que, en forma de rombos, se extendían a lo largo del pasillo que comunicaba con los dormitorios de las hermanas. Pero ahora algo insólito debía haber ocurrido, porque la superiora acababa de pisar un azulejo negro.

Sor Juana se detuvo ante la puerta de la hermana Isabel, y llamó suavemente con los nudillos.

Una voz de timbre agradable autorizó la entrada. Sor Juana se volvió hacia sor María y dijo:

—Espere aquí, hermana. No quiero que por ningún motivo se nos moleste. —Y sin esperar una respuesta se introdujo en la habitación cerrando a sus espaldas.

La hermana Isabel había interrumpido el rezo de un rosario. Su rostro era blanco y sus ojos de un tono azulado.

—¿Cómo está, hija mía? —preguntó sor Juana con una sonrisa, mientras se acercaba a la joven.

—Perfectamente, hermana.

—Tome asiento. Quiero hablar con usted.

Sor Isabel, sumisa, ocupó una silla de reclinatorio y sor Juana, un sillón cuyo asiento era una ancha tira de cuero.

Hubo una pausa entre las dos religiosas. Finalmente, sor Juana dijo:

—Quisiera saber cuál es la impresión que tiene de nuestro mundo. Lleva sólo siete meses con nosotros.

Sor Isabel se humedeció los labios con la lengua.

—Creo que Dios se ha portado maravillosamente conmigo al ofrecerme esta oportunidad. Aquí he encontrado la paz que yo necesitaba.

—¿No echa nada de menos?

—No, madre —guardó un silencio—. Sólo que…

Se interrumpió mirándose la punta del hábito.

—Continúe —le alentó sor Juana.

—Usted ya sabe. Se trata de lo que me queda de mi familia.

—Muy bien, hermana. Venga ahora conmigo.

En el corredor se les unió sor María. Juntas descendieron por una escalera.

Sor Juana abrió una gran puerta y dijo a la hermana María:

—No permita que entre nadie.

Sor María hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

La superiora franqueó la entrada a sor Isabel, invitándola con la mano para que entrase, pero la joven negó con la cabeza y tuvo que ser la superiora quien se decidiese a penetrar en la habitación. Detrás de ella lo hizo sor Isabel y apenas hubo dado dos pasos se quedó inmóvil, la boca entreabierta de emoción.

—¡Ruth! —gritó Marcia Stowe y corrió al encuentro de la más joven de las religiosas.

Sor Isabel la acogió entre sus brazos y se abrazaron fuertemente, ambas sollozando.

El teniente Kane contempló inmóvil la escena que se ofrecía a sus ojos.

Marcia y sor Isabel se separaron, los labios distendidos ahora en una sonrisa.

La superiora del convento se había Rentado en un sillón rector.

Sor Isabel volvió la cabeza hacia Kane y con voz afectuosa dijo:

—Hola, Erny.

El teniente Kane meneó la cabeza y repuso:

—¿Cómo estás, Ruth?

—Muy bien. En ninguna parte podía estar mejor.

—Me alegro mucho —dijo él con voz sincera.

Sor Juana tosió suavemente atrayendo la atención de las tres personas que se encontraban en la estancia con ella, y cuando lo consiguió, dijo:

—Quiero, que sepa una cosa, Marcia. Su hermana quiso

establecer contacto con usted inmediatamente después que llegó al convento, pero yo fui la única que se lo impidió. Me contó su historia y las decepciones que había sufrido con los hombres a partir del día que se marchó del lado de usted y de su madre. Abandonó la ciudad, desengañada, sin fe en Dios ni en los hombres y eso fue muy malo para ella. Pasó por experiencias muy duras, hasta que un día comprobó que existía algo por lo que valía la pena vivir con temor de Dios. Hay muchas personas que en algún momento de su vida se sienten impulsadas a dedicarse enteramente a la salvación de su alma, pero, entre ellas, algunas obedecen a una falsa llamada. A nosotras nos incumbe la obligación de velar por la rectitud de las vocaciones, imponiendo una disciplina qué en la mayoría de los casos somos las primeras en lamentar. Pero es necesario. Sor Isabel ha pasado la prueba con todos los pronunciamientos favorables. Ya es una auténtica hermana de nuestra orden.

Sor Juana sonrió benévolamente y dijo mirando a Kane:

—Ahora es su turno, teniente.

Kane se cogió el mentón mirando fijamente a la mujer que él había conocido como Ruth Stowe y dijo:

—Créeme si te digo que es muy doloroso para mí comunicarte esto. Tu vida corre peligro.

—¿Mi vida? —repitió sor Isabel, sorprendida.

—Cap Boyd se escapó de la cárcel y quiere demostrar al mundo que él sólo tiene una palabra.

—¿Te refieres a lo que dijo en el tribunal?

—Sí.

—¡Pero eso es imposible!

—Desgraciadamente ha resultado cierto. Ya ha matado a dos personas. A Caryl Ribot ya… —El teniente se interrumpió.

Sor Isabel se llevó una mano a la garganta.

—Dora… Madden.

—Sí, Dora Madden.

Sor Isabel se tornó pálida.

En la estancia se hizo un silencio que fue interrumpido por Kane.

—Tenemos razones para suponer que Cap Boyd sabe que estás aquí. Quiere matarte.

Sor Isabel levantó la mirada.

—Me niego a creer de él semejante monstruosidad.

—Ni siquiera le detendrán los muros de este convento. Es un asesino, Ruth, y vamos a intentar atraparlo. Hemos tomado las precauciones que se han creído convenientes. No queremos que él se de cuenta de que esto está vigilado. Hay policías que esperan en algunas de las casas que rodean el convento y otros están por las calles, convenientemente situados. Queremos que llegue hasta aquí. Sólo así podremos detenerle. Sor Juana ha quedado informada de todo y ella está dispuesta a prestarnos su colaboración.

Sor Isabel se llevó una mano a la garganta.

—¿Cómo puede un ser humano ser tan vengativo?

—Quizá la respuesta esté en que Cap Boyd no es un ser humano, al menos como nosotros.

La superiora se dirigió a sor Isabel:

—Hija mía. Vas a regresar a tu habitación. Tu hermana irá contigo. El teniente ha dispuesto que un hombre monte guardia ante tu puerta.

—Sí, madre —dijo sor Isabel.

—Dios quiera que todo salga bien.

Las hermanas Stowe se dispusieron a salir. Cuando la mayor de ellas tenía la mano en el tirador volvió la cabeza y dijo:

—Involuntariamente te hice mucho daño, Erny.

—¿Quién dice eso?

—Perdóname.

Luego, sor Isabel acompañada por Marcia, salió fuera.

En la habitación quedaron a solas sor Juana y Kane.

El policía sacó el paquete de cigarrillo y de pronto interrumpió su movimiento e hizo ademán de guardarlo.

—Puede fumar, teniente —dijo sor Juana con una sonrisa.

—Gracias.

Encendió y arrojó una bocanada de humo.

—Me imagino que usted también ha pasado por una dura prueba, teniente.

—Eso fue hace un millón de años.

—Lo celebro. —Sor Juana cruzó los dedos de las manos—. ¿Cree usted que ese hombre intentará entrar en el convento enseguida?

—Es muy posible que lo haga antes de veinticuatro horas.

Ontario está muy cerca de Kimberly. Dígame, hermana, ¿por qué fue Ruth a ver a Dora Madden antes de venir al convento?

—Se conocieron durante el juicio de Cap Boyd. Ambas se inspiraron mutuamente simpatía, quizá por la distinta relación que habían tenido con el mismo hombre. Al finalizar el juicio y pronunciar Cap Boyd su amenaza, Dora Madden comunicó a Ruth su intención de ir a refugiarse a Kimberly. Al parecer la única razón que asistía a Dora Madden para la elección de ese lugar fue que en otro tiempo pasó por Boise y le llamó la atención el nombre de Kimberly. Lo cierto es que, de esa forma, Ruth quedó enterada y a la vuelta de los años, cuando sintió la llamada de Dios decidió tomar consejo de Dora Madden. La propia Dora comprendió sus razones cuando la escuchó y le señaló la existencia de nuestro convento.

Kane dio unos pasos hacia la ventana que daba a un jardín lleno de flores. Unos pajarillos revoloteaban alrededor de una fuente.

Descubrió al fondo una puerta grande que correspondía a la parte trasera del convento. Sin volverse murmuró:

—Usted me dijo antes que sólo había una entrada.

—Oh, se refiere a la puerta del jardín. No la utilizamos desde hace más de doce años. La cerradura está llena de herrumbre y la puerta debe pesar una tonelada. Ni siquiera sé dónde puede estar la llave. Muchas veces hemos decidido tapiarla, pero ya sabe lo que ocurre, el dinero es más necesario para otras cosas. De todas formas, si alguien intentase entrar por ahí, armaría tal ruido que despertaría a toda la ciudad.

—Sí —convino Kane, y se volvió hacia la superiora—. ¿Puede habilitarme una habitación? Quiero establecer un turno para esta noche. Dentro de un rato vendrán dos policías de la localidad.

—Tendrá su habitación, teniente. Me ocuparé de ello ahora mismo.

—Muchas gracias —sonrió Kane—. Ahora he de ausentarme por unos instantes, pero volveré enseguida. Entretanto, el convento quedará bien vigilado.

CAPÍTULO VII

Kane, en mangas de camisa en la habitación que le había sido destinada por la superiora del convento, fumaba un cigarrillo mientras contemplaba el jardín a través de la ventana. De pronto llamaron a la puerta.

—Pase —dijo volviéndose.

Penetró en la estancia un hombre de unos cincuenta años de edad, robusto, de fuerte constitución y rostro sanguíneo. Respondía al nombre de James
O'Farrell
y era el jefe de la policía local.

Kane estrechó la mano que su visitante le tendía.

—Celebro que haya venido, capitán
O'Farrell.

—He querido comprobar por mí mismo que todo marcha de primera. —
O'Farrell
echó una ojeada al plano que había sobre una mesa—. No está mal.

—He aleccionado a todos los hombres —explicó Kane—. He formado dos líneas. La primera está integrada por doce hombres, la segunda por quince. Los puntos rojos son los coches. De los cuatro que usted me ha facilitado hay tres en los alrededores. El otro lo he reservado para un caso de emergencia al norte de la ciudad.
O'Farrell
sonrió mirando al teniente.

—Usted admite, a pesar de todo, que él puede pegar el golpe y que tratará de huir al Canadá.

—Conozco a Cap Boyd y no puedo subestimarlo.

—Está bien. Usted sabrá lo que se hace. Sólo quiero recordarle

que ante el país yo seré el responsable de la operación.

—Le agradezco que me haya permitido el echarle una mano.

O'Farrell

sonrió mientras se rascaba una patilla.

—No me lo agradezca. Soy un aprovechado, ¿sabe? He llegado a capitán de la policía de esta ciudad en el espacio de dos años. Antes de eso dirigía el tráfico. La base de mi éxito ha sido la de apoyarme en el esfuerzo de los demás. ¿Le extraña que le cuente todo esto?

El capitán hablaba a ráfagas, imprimiendo a sus palabras una velocidad increíble. Era el tableteo de una ametralladora.

—Es, después de todo, una virtud —dijo Kane.

—¿Sí? Se apuntó un tanto, teniente. Ha conseguido que yo sea el asombrado.

—Esa cualidad suya de apoyarse en los demás significa que está dispuesto a compartir los riesgos. Usted mismo ha hablado de la responsabilidad que ha contraído con el país.

—K. O. técnico, teniente.

Los dos hombres rieron.

—Dígame ahora por qué sabía que Ruth Stowe se encontraba en el convento.

—El lunar, teniente. Soy un benefactor de la orden. Vine a entregar un día un donativo a la madre y observé en el jardín a una joven de rara belleza. Bueno, cuando recibí desde Boise la descripción de Ruth Stowe, aposté a que se trataba de la misma chica.

—¿Ve usted? —dijo Kane con ironía—. Ese éxito no se lo debió a nadie.

—Puras dotes de observación. —

O'Farrell

soltó una carcajada—. ¿Qué le parece si vamos a visitarla? Así podré ir a comer tranquilo.

Kane hizo un signo afirmativo con la cabeza y se puso la chaqueta.

Salieron de la habitación y subieren por una escalera hacia el primer piso del convento donde se encontraban las celdas de las hermanas. Vieron al policía Kelly de guardia, el cual, apoyado en una columna, se enderezó rápidamente cuando apareció su jefe. —¿Qué tal, muchacho?— le saludó

O'Farrell
mientras Kane se disponía a llamar a la puerta.

—Si buscan a sor Isabel hace un momento que ha salido —explicó Kelly. Kane volvió la cabeza rápidamente, fruncido el ceño —. ¿Con quién? ¿Cuándo? —preguntó sucesivamente.

Kelly hizo una mueca, como si de pronto sintiese la impresión de que había cometido un error.
O'Farrell
echó el torso hacia su subordinado y las venas de su cuello se hincharon.

—¿De qué hablas, Kelly?

El policía se humedeció los labios.

—Vino un hombre hace rato. Me enseñó una nota de la superiora. Yo vi el sello… —se interrumpió.

—¡Suéltalo de una vez! —gritó
O'Farrell.

—Dijo que tenía permiso para ver a sor Isabel. Era el pintor que está reparando los frescos de la capilla. Sor Isabel tenía que darle algunas indicaciones.

Kane apretó los puños con fuerza.

—¿Por dónde se fueron?

Kelly levantó débilmente una mano, señalando hacia el fondo del corredor.

—Es la última puerta. También fue con ellos la hermana de sor Isabel.

—¡Buen policía estás hecho! —gritó
O'Farrell
—. Recuérdame que te de un premio. Se volvió hacia Kane, pero ya éste corría hacia la capilla esgrimiendo una pistola con la mano derecha.

—¡Cuidado, teniente! —le gritó—. ¡Ese tipo es peligroso!

Kane frenó al llegar junto a la puerta de la capilla e hizo girar el pomo mientras respiraba entrecortadamente. Abrió sin hacer ruido. Dentro reinaba una semioscuridad. Pasó dentro y cerró, escuchando fuera los pasos de
O'Farrell
y Kelly. Se mantuvo unos instantes quieto. Sintió que su cuerpo transpiraba sudor.

Empezó a avanzar junto a la pared. De repente se detuvo al oír un crujido arriba. Debía ser en el coro. Buscó con la mirada la escalera que pudiera conducirle a él. La vio a la derecha, cinco yardas más allá de un confesonario. Subió con paso elástico. Siempre utilizaba zapatos de suela «crepé», algo que ahora le era muy necesario.

Al llegar arriba descubrió con sorpresa que el coro también estaba vacío. Pero entonces vio que de una de las paredes partía un corredor defendido por una pequeña verja de hierro. Aquel largo pasillo llegaba hasta el cielo raso del altar mayor, y allá al final, había unas sombras.

Echó a andar sin tomar ninguna precaución y cuando estaba a mitad de camino, llegó hasta sus oídos la voz inconfundible de Ruth Stowe:

—Creo que quedará muy bien, señor Mortimer. Usted tenía razón con respecto al color de la túnica.

Kane se detuvo y cerró los ojos. Permaneció así un rato. Luego volvió a guardar la pistola en la funda que gravitaba bajo su axila.

Se acercó lentamente al grupo integrado por las hermanas Stowe y el hombre llamado Mortimer.

Marcia le hizo una señal con la mano y él hizo una inclinación con la cabeza.

Sor Isabel le presentó a Mortimer, de quien dijo era un pintor de frescos muy famoso que pasaba sus vacaciones en Ontario. Los dos hombres cambiaron un saludo y luego sor Isabel explicó a Kane los motivos pictóricos del trabajo que debía realizar el artista.

Abandonaron juntos aquel lugar y salieron al corredor exterior. O'Farrell y Kelly, con las armas en las manos, se quedaron boquiabiertos cuando vieron aparecer a Kane en compañía del hombre que habían creído Cap Boyd. Comprendieron inmediatamente su error y guardaron las armas con precipitación.

Kelly, casi a punto de desmayarse, se sentó en un banco de piedra, y O'Farrell sacó un pañuelo y se secó el sudor que perlaba su frente.

Nadie habló acerca del incidente. Mortimer se marchó y sor Isabel se dirigió a su celda, pero Marcia quedó fuera.

O’Farrell
deseaba también alejarse de allí y dijo con voz jovial:

—Creo que ya he tenido bastante por esta mañana —dirigió una mirada de reconvención a Kelly—. Asegúrese otra vez, muchacho. Ahora no ha pasado nada, pero rechace los supuestos permisos que le puedan mostrar para ver a sor Isabel.

—Lo tendré en cuenta, jefe —repuso Kelly, que todavía no había podido recuperar el color.

O'Farrell se despidió con un gesto de la mano.

Kane y Marcia descendieron por la escalera sin hablar y detuviéronse en el jardín junto a un macizo de flores.

—Creo que se ha llevado un buen susto, teniente —rompió ella el silencio.

—Confieso que ha sido el más grande de mi vida —sonrió Kane —. Por unos momentos creí que esta vez también llegaría demasiado tarde.

Un pájaro vino a posarse en la rama de un almendro que crecía muy cerca de ellos. Lo observaron un rato sin pronunciar palabra alguna.

—¿Está convencido ahora, Erny? —preguntó la joven sin apartar los ojos del pájaro.

—Lo celebro por los dos. He hablado con Ruth y la comprendo.

—Sí, estas cosas pasan.

Hubo otra pausa. De pronto, ella volvió la cabeza hacia él.

—Usted encontrará una mujer algún día, Erny.

—Es posible.

—Nunca la ha buscado después de lo de Ruth, ¿verdad?

—Nunca.

—Yo… yo… —titubeó la joven—. Bueno, quiero decir que le deseo la felicidad que merece.

—¿Espera que le agradezca sus palabras? —dijo él bruscamente mirándola a la cara.

—No le comprendo, Erny.

—Prefiero el primer sentimiento que yo le producía. Usted me odiaba y ahora siente compasión.

Marcia Stowe arrugó el ceño.

—Está equivocado, teniente.

—No, no lo estoy. Es usted la que se ha dado cuenta de que

cometió un error conmigo. Su conciencia le ha exigido que eche marcha atrás y la única forma de conseguirlo para usted, es ésa. Mostrarme su arrepentimiento a través de su compasión.

Marcia se mordió el labio inferior, meneando repetidamente la cabeza en sentido negativo.

—Sépalo de una vez —exclamó Kane—. No quiero su lástima, no la necesito, ni tampoco se la he pedido.

Los ojos de Marcia se llenaron de una pátina húmeda y de pronto dio media vuelta y echó a correr, alejándose del teniente Kane.

Éste se mantuvo inmóvil, observándola hasta que desapareció por la escalera que conducía al piso superior. Entonces se apretó el puño derecho con la otra mano y encaminándose hacia su habitación.

Se quitó la chaqueta, encendió un cigarrillo y tendióse en la cama. Permaneció en la misma actitud casi toda la tarde, a excepción de un par de veces que salió del convento para cerciorarse de que cada uno de los hombres ocupaba su puesto.

La tarde fue declinando y el sol se ocultó, dando paso a la noche.

Se dio cuenta de que se encontraba a oscuras en la habitación cuando llamaron a la puerta. Se levantó, dio vuelta al conmutador y abrió. Un hombre alto de cabello rubio, llevóse la mano al sombrero y dijo:

—Agente Canovan, teniente. Vengo a sustituir a Kelly.

—Su credencial.

Canovan sacudió la cabeza y echó mano a la cartera, que abrió alargándola hacia Kane.

Éste observó la foto de la tarjeta comparándola con la cara que tenía delante.

—Está bien —asintió—. Pero recuérdelo. No consienta absolutamente ninguna visita —consultó su reloj—. Son ahora las nueve. Desde las siete no puede entrar nadie en la celda de sor Isabel, ni aun las demás religiosas. Es una regla de la orden. Su guardia ha de ser más rígida que la de Kelly y por tanto más sencilla.

Canovan hizo una mueca.

—Si, señor.

—Nada más. Eso es todo.

El agente se llevó otra vez la mano al sombrero y encaminóse a relevar a Kelly.

Kane cerró la puerta y empezó a recorrer la estancia mientras se frotaba la nuca. Echaba de menos un trago de *whisky*. Pensó que era hora de probar un bocado. Al llegar al convento había descubierto, a dos manzanas de allí, un restaurante.

Poco después se detenía ante el policía que estaba cerca de la puerta principal, protegido por un seto de las miradas curiosas.

—¿Qué tal, Slim?

—Esto es aburrido, señor —sonrió el agente con quien Kane había hablado ya un par de veces.

—¿Cuándo es su relevo?

—Sólo me quedan quince minutos, y la verdad es que tengo ganas de llegar a casa. Mi mujer, ¿sabe…?

—¿Qué le pasa? —Kane sacó dos cigarrillos del paquete y entregó uno a Slim.

—Vamos por nuestro cuarto hijo. No es que esté a punto de llegar, pero será dentro de un par de semanas. Marta quiere que esté a su lado lo más posible por si se adelanta. Kane encendió su cigarrillo y ofreció la llama del fósforo al agente.

—¿Es feliz, Slim?

—Desde luego, teniente —contestó el otro mientras expelía una bocanada de humo.

—¿Le costó mucho trabajo dar con ella? Me refiero a su mujer.

—Bueno, en esas cosas juega un poco la suerte. ¿Es usted soltero, teniente? —Sí. Por eso lo preguntaba.

—La verdad es que cuando uno siente la necesidad de casarse, tiene un montón de mujeres para elegir pero realmente ello no ofrece ninguna dificultad. Para mí fue una cosa instintiva. Marta y yo nos habíamos visto muchas veces, pero si le he de ser sincero, nunca había pensado en ella como esposa y de pronto lo vi claro… No sé si me explico.

—Desde luego, Slim. —Kane le palmeó a espalda—. Ya lo ha dicho antes. Fue el instinto.

—¡Exacto, señor! —exclamó el agente.

Kane encaminóse al restaurante. Comió chuletas de cordero con ensalada, tarta de manzana y bebió tres tazas de café. Fumó un

cigarrillo, pagó la adición y se encaminó al convento. Habían transcurrido veinticinco minutos desde que salió él.

Al lado del seto se hallaba el policía que había sustituido a Slim, el cual le dio el alto.

—Teniente Kane —dijo mostrando su tarjeta—. ¿Y usted?

—Agente Peterson, señor.

Peterson era rollizo, de grandes mofletes y ojos saltones.

—¿Ha sido informado? —preguntó Kane.

—El capitán
O'Farrell
me dio todos los detalles.

—De acuerdo. Cuide que no le vean. Es lo más importante. Si el hombre que queremos atrapar sospecha que tenemos vigilado el convento, demorará el golpe indefinidamente. Para él sólo será un asunto de paciencia.

—Sí, señor. Tengo buenos pies. Puedo sostenerme en el mismo sitio durante varias horas seguidas… A propósito, señor, el capitán Castle lo está esperando en su habitación.

Kane arrugó el entrecejo.

—¿El capitán Castle en Ontario?

—Comprobé su credencial, señor. Sé que es su jefe y que ustedes están relacionados directamente con el caso de Cap Boyd.

Erny sintió un estremecimiento.

—¡Acompáñeme, Peterson, y rece por qué efectivamente sea el capitán Castle!

—Le aseguro que comprobé su credencial La cara del hombre que hablaba conmigo era la misma que había en la fotografía.

—Sí, ¿y no se le ha ocurrido pensar que la credencial sea falsificada?

—¡Por todos los infiernos! ¡No puede ser!

—Vamos, aprisa.

Kane echó mano a la pistola por segunda vez en pocas horas. Cuando cruzaba el jardín oyó a sus espaldas la respiración jadeante del agente Peterson.

Entró como una centella en su habitación y miró de uno a otro lado con los dientes apretados.

No vio a nadie.

Cuando salía estuvo a punto de chocar con Peterson.

—¡Era Cap Boyd! —le gritó—. ¡Corra fuera y de la alarma! ¡Coja luego el teléfono y avise al coche que espera al norte…! ¡Hable con O'Farrell!

—dudó que las últimas palabras las hubiera podido oír el agente porque ya él corría por la escalera subiendo los peldaños de tres en tres.

Se precipitó por el corredor imprimiendo a sus piernas una velocidad endiablada. Tuvo que frenar cuando llegó cerca de la celda de sor Isabel.

No vio a Canovan.

Y entonces el corazón le dio un vuelco al descubrir que la puerta de la celda estaba abierta. Penetró en el interior encorvado, surcado por una mueca de rabia.

—¡Ruth…! ¡Marcia! —gritó, aunque sabía que no le podía contestar nadie.

Se volvió al oír fuera un gemido. Vio un bulto oscuro confundido con la oscuridad que reinaba junto a las columnas. Era Canovan. Le ayudó a levantarse.

—¿Qué ha pasado?

El agente se llevó la mano a la cabeza.

—Estaba paseando de un lado a otro… y de pronto creí que una bomba estallaba dentro de mi cabeza. ¡Santo cielo! Me ha hecho una buena grieta… ¿Dónde están las chicas?

—¡En poder de Cap Boyd! —contestó Kane y corrió en dirección a la capilla.

Sacudió el pomo de la puerta, pero ésta no se abrió. Cap Boyd no podía haberse encerrado allí.

Retrocedió y detúvose de nuevo junto a Canovan.

—¡Registre las celdas una a una! Pero tenga cuidado, lleve la pistola por delante, aunque dudo que esté aquí.

Descendió por la escalera tan rápidamente como había subido, y abajo se encontró con sor Juana y el agente Peterson, el cual, a juzgar por su respiración descompasada, debía haberse movido muy aprisa durante los últimos minutos.

—¡Nos burló a todos, teniente! —anunció.

—¿Qué dice? —chilló Kane.

—Utilizó para escapar la puerta trasera, la que llevaba muchos años sin utilizarse.

Hicieron saltar la cerradura.

—¡Dios mío! —exclamó sor Juana.

Kane tuvo la impresión de que el mundo se hundía bajo sus pies.

—¿Los vieron huir? —inquirió.

Peterson trató de recuperar el resuello y cuando lo consiguió dijo:

—Todo lo tenían bien estudiado, Ese hombre es el mismo demonio. Uno de los muchachos vio pasar un coche con el rótulo de *El Centinela de Ontario*. Es el periódico de la localidad. Sólo iba un hombre al volante. Se llama Jim Reagan, y es un estupendo chico.

—Naturalmente, Cap Boyd y alguno de sus hombres iban dentro y lo estaban amenazando con una pistola —terminó de decir Kane.

—Sí, teniente. Ha tenido que ocurrir así. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Ha hablado con
O'Farrell?

—Sí, se lo he contado todo. Dice que aquí no hay nada que hacer. Estará en el cuartelillo dentro de cinco minutos.

—Suba por Canovan. Está herido.

Sor Juana cogió una mano de Kane.

—Teniente, ¿qué les va a pasar a esas muchachas? Kane la miró unos instantes en silencio. Luego dijo: —No lo sé, hermana, pero harán bien si rezan por ellas.

Tras pronunciar las últimas palabras, Erny abandonó el convento.

CAPÍTULO VIII

Kane paseaba nerviosamente por el despacho de O'Farrell dando chupadas a un cigarrillo. Eran las doce de la noche. De vez en cuando el teléfono sonaba. O'Farrell recibía la comunicación y la trasladaba al teniente.

Todo continuaba igual. Sin noticias de Cap Boyd.

A las nueve y media había sido encontrado el coche de *El Centinela de Ontario*. Jim Reagan estaba dentro, privado del sentido. Igual que el agente Canovan, le habían golpeado en la cabeza, produciéndole una herida con fuerte hemorragia. Prestó declaración mientras le curaban. Dos individuos le detuvieron en la calle mostrándole sendas pistolas por la ventanilla. A partir de entonces, no fue más que un prisionero sujeto a la voluntad de sus raptores. No había podido dar ninguna referencia respecto al paradero de las muchachas. Al llegar a una de las calles más oscuras de la ciudad, le habían ordenado que se detuviese y entonces le atizaron en la cabeza. No podía añadir nada más.

Y ahora, tres horas después de ocurridos los hechos, O'Farrell y Kane se encontraban como al principio.

El teléfono repiqueteó otra vez. El capitán se llevó el auricular al oído, gritando:

—¡Está bien, diga! ¡O'Farrell al habla!

Escuchó unos segundos y cubrió el micro con la mano mientras miraba al expectante Kane.

—No es ninguno de mis hombres, teniente. Alguien que sólo quiere hablar con usted.

—Lo he estado esperando desde hace un rato. Sabía que él me llamaría.

—¿Cap Boyd?

—Sí, capitán. Conozco su cerebro pulgada a pulgada. Podría decir qué es lo que se propone.

Alargó la mano y O’Farrell le cedió el auricular.

—Teniente Kane al habla. ¿Quién está ahí?

Hubo una larga pausa y por fin le llegó una risita.

—¿Qué tal, muchacho? Hace tiempo que no oía tu vez.

—Hola, Cap.

—¿Qué te pasa? Te noto triste, muchacho.

—Será mejor que no perdamos el tiempo. ¿Dónde están las chicas?

—Oh, sí, Erny, las chicas. Se encuentran muy bien. De primera, te lo aseguro. Las tengo frente a mí. Ruth está muy calladita, pero esa hermanita suya es una verdadera fiera. La he tenido que atar. ¡Infiernos, quería sacarme los ojos! Igual que una gata.

—¿Por qué no te decides a hablar de una vez sobre lo que te interesa?

—Claro que sí, muchacho. ¿Ves tú? Siempre pensé que serías un gran hombre de negocios. ¿A quién se le ocurre gastar un cerebro como el suyo con la «poli»?

—Adelante, Cap. ¿Cuál es tu oferta?

—¿Tienes mucha prisa?

—No soy partidario de demorar lo que es inevitable. Uno solo consigue engañarse a sí mismo.

—Muy bien, Erny. Tengo a Ruth y a su hermanita. Naturalmente, esta chica, Marcia, es un regalo que me he encontrado. No tengo ningún interés por ella, pero cuando la encontré junto a su hermana se me ocurrió algo gracioso. Tú siempre has tenido una gran capacidad de sacrificio, muchacho. ¿Qué no harías por Ruth?

—Termina.

—Ruth quiere mucho a su hermanita. Es lo que me ha dicho y

desea qué viva. Bueno, he pensado que tú podías proporcionarle una alegría.

—Lo sabía ya, Cap. He esperado esa oferta desde que escapaste del convento. Algo digno de ti.

Boyd soltó una sonora carcajada.

—¿Verdad que sí, muchacho? ¿Qué contestas?

—Quiero pedirte algo.

—¿Tú, Kane? ¿Tú pedirme algo a mí?

—Sí, Cap. Es la primera vez que lo hago. Mi vida por la de ellas dos.

—Infiernos, Erny. Eres todo un héroe. —Cap rió otra vez—. Pero ya sabes que tus supuestas heroicidades siempre me han aburrido. No hay arreglo. Tu vida por la de Marcia.

—¿Y si no acepto?

—Oh, tú no puedes hacer eso. Sabes perfectamente que las liquidaré a los dos y también sabes que eliminarte a ti será lo más fácil del mundo. A partir de mañana puedo pagar a cualquier asesino para que haga el trabajo. Para mí será, incluso, más cómodo.

Rechaza mi oferta y lo comprobarás.

—Está bien, Cap. Cuenta conmigo.

—¡Estupendo, muchacho! —exclamó Cap como si acabasen de acordar la cita para una fiesta.

—¿Dónde he de ir?

—Escucha bien esto. Te estoy llamando desde un lugar del que dentro de un par de minutos nos largaremos. He tenido que tomar precauciones por si a esos palurdos de policías se les ocurría localizar la llamada. Estaremos en una granja a unas doce millas de Ontario, justo en la dirección de un pueblo llamado Fawcet. La granja está en una pequeña colina y desde allí se dominan unas cuantas millas. Si se te ocurre aparecer con una *troupe* de policías, habrás perdido el tiempo, muchacho. En un abrir y cerrar de ojos, Ruth y Marcia morirán. Vendrás solito, Erny. Si es que quieres ver viva a Ruth antes de que muera.

Kane tragó saliva.

—Estoy de completo acuerdo. No te fallaré. Iré allá solo.

—Bien, muchacho. Date prisa. Tengo grandes deseos de verte.

Kane esperó a que Cap colgase para hacerlo él. Observó a

O’Farrell
que se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—Así que le quiere ultimar a usted —dijo el capitán.

—Sí. Después de todo, yo era uno de los nombres de la lista. Haremos un cambio. Marcia por mí. Pero Ruth ha de morir conmigo. Se encuentran en un lugar en el que ni usted ni sus hombres pueden hacer nada.

Si vienen conmigo adelantarán la ejecución de las muchachas.

—Comprendo. Sé que es una papeleta para usted.

—Ya ha oído que voy a ir.

O’Farrell
arrugó el entrecejo.

—¿Se va a atrever, sin nosotros?

—Es lo que voy a hacer y le ruego que se mantenga quieto.

Los ojos de
O’Farrell
llamearon furiosos. Fue a replicar, pero en última instancia se contuvo. Luego se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación.

—Bien, capitán —dijo Kane—. Le doy las gracias por todo lo que ha hecho. Siento haber fracasado.

O'Farrell le señaló con el dedo.

—¡Métaselo en la cabeza! Le juro que ese hombre no escapará de mi jurisdicción. Es posible que ustedes mueran, pero tenga por seguro que Cap Boyd caerá aquí, en Ontario. Ordenaré inmediatamente que vigilen los más insignificantes caminos. ¡Estableceré por mi cuenta otro telón de acero! ¡Le prometo que ese tipo no saldrá vivo del condado!

Kane sonrió amargamente. Sabía que Cap Boyd era capaz de burlar a veinte capitanes
O’Farrell.
Muchos policías, antes que
O’Farrell,
habían creído tenerlo en sus manos y sólo él mismo pudo detenerlo una vez, pero ahora aquello quedaba ya muy lejos. —Suerte, capitán—. Y abandonó el despacho.

EPÍLOGO

El coche tripulado por Kane agujereaba la oscuridad de la noche por la carretera del sur, corriendo a una velocidad de cuarenta millas.

Observó a lo lejos, a su izquierda, la granja a que se había referido Cap Boyd. No podía ser otra porque se alzaba solitaria sobre una colina. De pronto, alguien le hizo señales con una linterna doscientas yardas adelante. Empezó a aminorar la marcha y cuando llegó a la altura del hombre que empuñaba la linterna, pisó el pedal del freno. Se abrió la portezuela de su lado y un tipo asomó su fea cara por el hueco.

—No te diste mucha prisa, polizonte. ¿Trajiste compañía?

Con una mano empuñaba la linterna y con la otra una automática de enorme tamaño. Roció de luz el interior del coche comprobando que en el asiento trasero no viajaba nadie.

—Estupendo —dijo.

Cerró la portezuela y dio la vuelta al motor abriendo la del otro lado. Se sentó junto a Kane y ordenó:

—Sigue adelante. Un poco más allá verás un camino a la izquierda. Es el que conduce a la granja —asomó la cabeza fuera y gritó—: ¡Eh, Luke, nos vamos! ¡Vigila bien por si lo han venido siguiendo!

—¡Descuida, Joe! —contestó una voz procedente de la oscuridad —. Si veo acercarse a alguien dispararé un par de veces para que os enteréis. Fue la orden del jefe. Espero que os divirtáis mucho.

—Seguro que sí —dijo Joe, mirando a Kane.

Minutos después el teniente detenía el coche ante la granja. Entonces Joe registró a Kane y le quitó el arma que escondía bajo la axila.

Saltaron fuera y Joe señaló con la pistola el porche de la casa.

—Anda, «poli». Mueve las piernas.

Subieron los tres peldaños y en ese momento la puerta se abrió.

Kane vio el rostro sonriente de Cap Boyd.

—Miren quién está aquí —exclamó—. ¡Si es mi amigo de la infancia!

Se apartó a un lado para dejar paso a Kane.

Erny se detuvo en el umbral de la habitación. En un diván estaban sentadas, muy juntas, Ruth y Marcia Stowe. Tal como había dicho Cap, Marcia tenía atadas las manos a la espalda.

Las dos jóvenes miraron con ojos atemorizados al policía, y él forzó una sonrisa haciendo un leve movimiento con la cabeza.

Cap Boyd se dirigió a Joe:

—¿Vino solo?

—Completamente. Pero Luke se quedó allí tal como usted dijo.

Can Boyd pasó junto a Kane y con las manos en los bolsillos empezó a recorrer la estancia. Se echó a reír. Primero lo hizo suavemente hasta estallar en una fuerte carcajada.

Detrás de las hermanas Stowe había otros dos hombres con la facha inconfundible de matones profesionales.

Kane calculó que sus posibilidades eran muy remotas.

Cap Boyd se tomó serio y dijo, mirando alternativamente a Ruth Stowe y a Kane:

—Otra vez los tres juntos, ¿eh, chicos? Como en los viejos tiempos.

Ruth Stowe habló con voz suave sin altibajos:

—Me han dicho cosas horribles de ti, Cap. Pero yo sé que, tarde o temprano, te llegará el arrepentimiento. He rezado por qué ese momento sobrevenga esta misma noche.

Ahora.

Cap Boyd la miró fijamente haciendo una mueca.

—¿La oís, muchachos? Esta mujer, aunque os parezca increíble, fue mi novia. Me quería, pero un tipo puerco se cruzó entre nosotros y me la estropeó.

—Sí, Cap —dijo Ruth—. No niego que te quise, pero te equivocas al culpar a Erny de lo ocurrido. Si aquella noche me hubiese ido contigo, me habría separado de ti al día siguiente, en cuanto me hubiera enterado de lo que tú eras realmente.

—¡Al infierno con tus historias…! ¿Qué soy yo…? Simplemente un hombre que lo debe todo a sí mismo… Es cierto, he sido ambicioso. Desde muy pequeño me di cuenta de que para poseer una cosa tendría que ir por ella. ¡Nadie me la traería a casa!

—Existen medios lícitos para conseguir lo que uno desea —murmuró sor Isabel.

—¡Cierra ya el pico, hermana! —gritó Cap.

El puño derecho de Kane rasgó el aire y cayó en la mandíbula de Boyd, quien salió lanzado hacia atrás y no llegó al suelo porque golpeó contra el filo de una mesa.

Joe levantó la pistola, con los labios distendidos en una sonrisa sádica.

—Te la ganaste, polizonte.

Kane supo que unos segundos más tarde el *gángster* apretaría el gatillo. Pero entonces se oyó la voz de Cap Boyd:

—¡No lo hagas, Joe! —Se levantó restañándose la sangre que le corría por la comisura de la boca.

Sus ojos llenos de odio se detuvieron en el rostro de Kane.

—No has cambiado, muchacho. Siempre fuiste un entrometido.

—¿Por qué no terminas de una vez? —retrucó el policía—. Ellas están contigo desde hace tres horas. Fue un buen tormento. Ni Ruth ni yo te tenemos miedo.

—Eso es el motivo, Erny. No tenéis miedo… ¡Y quiero que lo tengáis!

—De acuerdo. Continúa con la representación, pero deja que se marche la otra muchacha.

Marcia dejó oír su voz por primera vez desde que llegó Kane:

—¡No me iré!

Cap se puso a reír.

—¿Lo ves, chico? Marcia quiere participar también en la juerguecita.

Kane miró a Marcia.

—¡No sabes lo que dices! —La tuteó—. Tienes que largarte de aquí. No va a mejorar nuestra situación porque tú te quedes.

Ruth Stowe meneó la cabeza en sentido afirmativo aprobando las palabras de Kane y apretó un brazo de su hermana.

—Erny tiene razón. Sacrificarse inútilmente es también un pecado, Marcia. Debes marcharte.

Marcia mordióse el labio inferior y abatió la barbilla sobre el pecho.

Cap Boyd arrugó la nariz y dio un manotazo al aire.

—¿Queréis acabar de una vez con este cuadro conmovedor…? ¿O es que pretendéis que me eche a llorar? ¡Eh, tú, muchacha…! Soy un caballero. El «poli» y yo acordamos un canje. Tú por él. El trato está en pie, pero has de decidir ahora.

Marcia inclinó la cabeza sobre el hombro de Ruth y ésta la besó en la frente. Luego Marcia se puso en pie.

Cap Boyd hizo una señal a uno de los matones que había detrás.

—Eh, tú, Spillard. Llévatela en el coche del sabueso, pero no te dirijas hacia la ciudad. Déjala en un descampado, en un lugar bien alejado. Ha de costarle una hora ver a alguien. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

Kane se volvió hacia Spillard:

—No le toques un pelo… Si lo haces…

Spillard rió sarcásticamente.

—Usted no podrá hacer nada. ¿Lo ha olvidado? Dentro de un rato será un fiambre.

Erny entrecerró los ojos clavándolos en los de Cap Boyd.

—¡Dile que la deje quieta!

Cap Boyd se mantuvo un rato sin pronunciar una sola palabra. Finalmente dijo:

—Para un hombre que va a morir me parece que es demasiado interés por una chica.

¿Será posible, Erny? ¿Te has enamorado de otra Stowe?

Hubo una larga pausa.

De repente Cap Boyd empezó a reír cogiéndose el estómago.

—Es lo más divertido que he visto en mi vida. ¡Palabra que lo es!

Kane se lanzó de nuevo sobre Cap, pero esta vez no pudo alcanzarlo con el puño, porque antes de que lograra conseguirlo, Joe le soltó un trallazo en la cara con la culata de la pistola.

Rodó por el suelo.

Ruth y Marcia Stowe lanzaron sendos gritos.

Kane se levantó, sintiendo correr la sangre por la mejilla.

Cap Boyd lo contempló con brazos en jarras.

—Me alegro mucho, Erny. Celebro enormemente que la

quieras… Eso es estupendo para mí… Llévatela, Spillard, y ya sabes lo que tienes que hacer.

Kane apretó rabiosamente los dientes y los puños.

—¡Nada de bravuconadas, Erny! —exclamó Cap—. Eh, Joe, si vuelve a intentarlo le pegas un tiro en la pierna. Será un buen comienzo para el espectáculo.

Spillard señaló la puerta a Marcia con un movimiento de la cabeza.

—Vamos, chica… Ahora estamos de sobra.

Marcia dirigió una mirada a Ruth y ésta le sonrió. Al llegar junto a Kane se detuvo. Se miraron a los ojos.

—No era compasión, Erny —murmuró la joven—. Yo te quiero.

Luego echó a andar otra vez y poco después desapareció, seguida por Spillard.

Nadie habló dentro de la casa hasta que el ruido del motor del coche se apagó en la distancia.

—Eh, jefe —dijo Joe—. Pasa mucho ya de la hora. El tipo del avión debe creer que nos han cazado y puede marcharse.

Cap Boyd consultó su reloj de pulsera.

—Sí, muchacho, tienes razón, y no podemos permitirnos el lujo de perder esa oportunidad. Habrán puesto en movimiento a un par de miles de policías para acogotamos —miró sonriente a Ruth y a Kane—. Llegó el instante, muchachos. Anda, Erny, ponte en el diván, junto a ella.

Kane observó al matón que estaba detrás del diván, el que todavía no había pronunciado una sola palabra. Tenía la pistola muy cerca de la cabeza de Ruth. Echó a andar.

Cap Boyd no esgrimía todavía ningún arma. Todo consistiría en la rapidez de reflejos de Joe, y especialmente en los suyos. Debía probar. Ya no habría otra oportunidad.

Un paso, dos, tres…

De pronto dio un salto. Lo hizo cuando estaba muy cerca del diván. Levantó las piernas para apoyar las plantas de los pies en el respaldo. Al mismo tiempo alargó las manos buscando la muñeca armada del gorila que estaba a espaldas de Ruth. Fueron décimas de segundo, pero a él le parecieron largos minutos.

Creyó que sus manos no alcanzarían nunca la muñeca a la que iban dirigidas. Pero de pronto llegó el contacto, justo cuando sus

suelas empezaban a hundirse en el mullido respaldo del diván. Entonces inició el movimiento contrario al que había impulsado su cuerpo hacia adelante. Tiró con todas sus fuerzas del brazo del matón y éste, para evitar que se lo fracturase, saltó por encima del diván lanzando un aullido de dolor. Sonó un disparo, pero Kane no se inquietó de momento, porque era la pistola tan próxima a él la que se había disparado.

Cuando el cuerpo del gorila trazaba una curva en el aire, lo soltó.

Oyó que Ruth lanzaba un grito.

Se incorporó rápidamente resoplando y contempló asombrado el resultado de su estratagema.

El *gángster* del vuelo sin motor había caído sobre Cap Boyd y ambos, en un revoltijo, intentaban incorporarse.

Joe contemplaba perplejo la palma de su mano derecha cubierta de sangre. La sangre procedía de un agujero que tenía en el estómago y el agujero había sido producido por el proyectil que escapó de la pistola de su compañero. Estaba empezando a desplomarse.

Cap Boyd tenía una rodilla en tierra e introducía la mano en la chaqueta.

Kane saltó sobre Joe, cogió la pistola que el *gángster* tenía en la mano y le dio un tirón.

—¡Quieto, Cap! —gritó.

Pero ya Cap sostenía también la automática con la mano y con una mueca que le daba el aspecto de un lobo furioso barbotó:

—¡Ahí tienes, héroe!

Sonaron dos estampidos, pero entre ambos hubo una diferencia de un segundo.

Kane había disparado primero y su proyectil se hundió en el pecho de Cap, privándole de la puntería necesaria para alcanzar a su vez al hombre que más odiaba en el mundo.

La bala rozó tan sólo un hombro de Erny y se incrustó en la pared.

Cap Boyd, la pesadilla de la nación, miró a Kane con ojos desorbitados y luego los desvió hacia Ruth. Trató de decir algo, pero de su boca abierta sólo salieron sonidos ininteligibles. Y de pronto cayó de bruces y quedó inmóvil.

El *gángster* superviviente se levantó con los brazos separados del cuerpo contemplando los cuerpos de sus dos compañeros.

Sor Isabel escondió el rostro entre las manos y entre sollozos murmuró una oración.

De pronto la puerta se abrió de golpe.

Kane volvió rápidamente la cabeza a tiempo de ver entrar al tipo que debía atender por el nombre de Luke, el que había quedado vigilante a una milla de la casa. Empuñaba una gran pistola.

—¡Suelte el chisme, Luke! —le ordenó.

—¡En cuanto te engorde! —exclamó el otro.

Kane apretó otra vez el gatillo. La bala penetró por las fosas nasales del *gángster* y lo proyectó hacia atrás violentamente. Golpeó contra el vano de la puerta y se estrelló en el suelo.

Se hizo un profundo silencio.

Kane ordenó a su prisionero:

—Ponte contra la pared y levanta bien los brazos. Las piernas separadas. Si permaneces quieto lo podrás contar.

—Seré una estatua —dijo el *gángster* y avanzó hacia la pared, quedando en la posición ordenada.

Se oyeron un tropel de carreras y Kane apuntó a la puerta abierta.

El capitán
O'Farrell
entró en la casa con la furia de un ciclón y detrás, de él lo hicieron tres agentes.
O'Farrell,
lleno de barro hasta la cara, quedóse con la boca abierta observando los cadáveres que había en la habitación.

—¡Infiernos! —Galleó—. ¿Cómo lo ha podido hacer, Kane?

—Sólo ha sido cuestión de suerte —repuso el teniente, al tiempo que se precipitaba hacia la puerta.

—¿Adónde va?

—A por Marcia. Se la llevó uno de los pájaros.

—No se moleste. Está a salvo. El tipo que la conducía se dio de narices con nosotros. Llegará ahora mismo.

Kane frunció los ojos.

—¿Entonces se ha atrevido usted a venir aquí?

—No podía abandonarlo a sus propios medios y se me ocurrió

algo.

Kane apuntó con el dedo pulgar hacia el techo.

—Sí, señor —asintió
O'Farrell
—. Un helicóptero nos dejó tres millas al oeste. Avanzó desde Ontario a ras de tierra, pero tuve miedo de acercarme más. Luego nos pusimos a arrastramos como serpientes y mire el resultado. Usted no necesitaba a nadie y para colmo me ha robado los titulares de la primera página de los diarios.

—Recuerdo algo que me dijo cierta vez un policía. ¿Sabe una cosa, capitán?

—¿Qué? —preguntó
O'Farrell
con cautela.

—Siempre tuve la impresión de que aquel policía era un embustero. Lo que era lo debía a sí mismo.

O'Farrell
se frotó la nuca con la mano y al darse cuenta de que sus hombres lo estaban mirando, gritó:

—¿En qué piensan? Uno de ustedes vigile a ese hombre y los otros dos que bajen al sótano. Apuesto a que encuentran allí a Lotus —miró a Kane—. Es el dueño de la granja. El *gángster* que estaba junto a la pared volvió la cabeza y dijo:

—Sólo lo atamos.

Marcia entró en la casa y después de dirigir una mirada a Kane, corrió hacia su hermana.

Las dos jóvenes se abrazaron emocionadas. Y luego sor Isabel, llevando de la mano a Marcia, se acercó a Kane.

—Adiós, Erny —dijo—. Cuídala mucho.

Erny hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

O'Farrell
indicó:

—Uno de los hombres la llevará hasta el convento en uno de los coches, hermana.

Sor Isabel se dirigió hacia la puerta, detúvose en el umbral y volvió la cabeza. Sonrió a Kane y a Marcia y desapareció.

Erny y Marcia se miraron a los ojos. Luego él levantó su diestra y preguntó:

—¿Vamos ya?

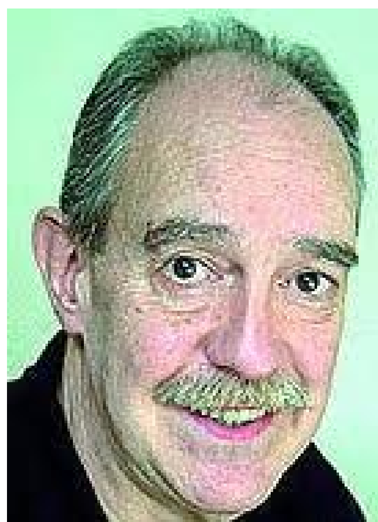
Marcia hizo un gesto afirmativo y le entregó la mano.

Y así cogidos, se pusieron a andar.

O’Farrell los siguió con la mirada, movió la cabeza de un lado a otro y se dejó caer en un sillón. Sacó un largo cigarro del bolsillo superior de su chaqueta y, al verlo manchado de barro y de agua, hizo una mueca y exclamó plañideramente:

—¡No, hombre, no!

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).